

Argentina

BUENOS AIRES
AÑO VI - N.º 64



Austral

1.º de Octubre de 1934



TENIENTE GENERAL

JULIO ARGENTINO ROCA

Cada envase de levadura en polvo

ENOSIS SIC

guarda el maravilloso secreto de su éxito

Biscochos

Pasteles

Postres

Rendimiento

Calidad

Pureza



FERROCARRILES

INGREDIENTES

Mezcle muy bien y pase hasta tres veces por el cernidor:

250 gramos de Fécula de Maíz.

250 " " harina.

1 cucharada de Polvo

"ENOSIS-SIC".

Haga hoyo y deposite:

250 gramos de azúcar.

150 " " manteca.

4 huevos.

Debe amasar primeramente los ingredientes entre sí y después proceder con todo el conjunto.

Prepare separadamente una pasta bien trabajada con lo siguiente:

250 gramos de coco rallado.

250 " " azúcar.

100 " " harina y 4 huevos.

INSTRUCCIONES

Estire a rodillo la masa en una sola pasada dejándola con un centímetro de altura.

Córtela en tiras a la larga de un ancho aproximadamente de cinco centímetros.

Con la pasta que tiene preparada separadamente proceda a cubrir a mano los bordes de estas tiras como si colocara un par de rieles a lo largo de las mismas. Al centro o sea entre dichos rieles coloque alineados en todo lo largo de la tira pequeños trozos de frutas confitadas a su gusto bien surtidas a ser posible y con cortos espacios entre sí.

Este trabajo debe efectuarlo directamente sobre las placas en que ha de pasarlas al horno.

Cocine con calor moderado y al sacarlas del horno déles un baño con miel calentada a baño-maría y bien diluida.

Tome un cuchillo bien filoso y divida ahora estas tiras en trozos más o menos de tamaños regulares.

Pídala en todas las sucursales de la Anónima

Sociedad Anónima

The Anglo Argentine Iron Co. Ltd.

Av. ROQUE SAENZ PEÑA 671, 1.^{er} PISO

BUENOS AIRES



Fabricantes de
Hierro galvanizado, acanalado y liso

Se proyecta la construcción de un monumento al General Roca en Río Gallegos

El Senado y Cámara de Diputados, etc.

Artículo 1º — Autorízase al Poder Ejecutivo para contribuir con la suma de \$ 5.000 m.n., para concurrir a la construcción del monumento a la memoria del teniente general don Julio A. Roca, que se levantará por subscripción popular en Río Gallegos, territorio de Santa Cruz, por iniciativa de su municipalidad.

Art. 2º — El gasto se hará de rentas generales con imputación a la presente ley.

Art. 3º — Comuníquese, etc.

Dionisio Schoo Lastra. — José Arce. — Francisco Uriburu. — Facundo Escalera. — Cipriano Taboada Mora. — Tiburcio Benegas. — Alfredo Rodríguez. — Jesé M. Bustillo. — Daniel Videla Dorna.

Señor presidente:

El gobernante que mejor realizó por los territorios nacionales, y el que, de modo especialísimo, más trabajó por el progreso de la Patagonia, ha sido el expresidente de la Nación teniente general don Julio A. Roca.

Conquistador del desierto, primero, colonizador más tarde, siempre volvió con su acción y su pensamiento hacia las tierras patagónicas, que su espada hiciera incorporar a la civilización. A su gestión presidencial se debió la ley de 1884, que diera organización y previó el porvenir institucional de los territorios. Y a su visión certera de la situación austral hay que atribuir las medidas de gobierno más felices: desde la consolidación de la paz argentinochilena, a raíz de aquel histórico abrazo del estrecho de Magallanes con el presidente Errázuriz, hasta la liberación de aduanas en los puertos que se hallan más al sur del paralelo 42.

El general Roca es el héroe militar y civil de los territorios, como que por su espada vinculó su nombre al desierto, por sus concepciones de estadista los orientó hacia una amplia política de fomento y prosperidad económica.

La ley de organización de los territorios nacionales cumple este año su media centuria. Obra progresista bien inspirada, ella ha presidido hasta ahora el régimen de gobierno de los territorios. No le son imputables, por ende, las fallas propias de un mecanismo legal ya vetusto, puesto que sus instituciones más adelantadas no fueron jamás puestas en práctica por los gobiernos que le sucedieron.

Los primitivos pobladores de Santa Cruz no olvidaron nunca que tras de una promesa del general Roca, había siempre la certeza de su realización. A él se debió la seguridad de la posesión de la tierra pública, concedida en forma liberal a sus ocupantes; obra suya fué la instalación del servicio telegráfico, que unió las lejanías australes con la Capital de la República; y el levantamiento de las aduanas fué, sin duda, para aquellos territorios del Sur el acto de gobierno más trascendente, porque impulsó la prosperidad de los pueblos costaneros, aumentó su población y tornó posible la permanencia humana en aquellas regiones desoladas, ingratas por el rigor de su clima y temibles por su fantástico alejamiento.

El general Roca tiene bien ganada la devoción de los pueblos patagónicos. Su amor por los territorios australes ha de cristalizarse pronto en la piedra o en el bronce. El municipio de Río Gallegos, el más lejano del país — y al cual se debió la loable iniciativa de convocar el primer Congreso de Municipalidades — ha resuelto por el voto unánime de sus ediles, erigir un monumento al general Roca, costado por subscripción popular, emplazándolo frente a las inquietas aguas del Atlántico Sur, que él fuera el primero y el último presidente nuestro que las navegó, en el designio de conocer personalmente los problemas de esas distantes heredades argentinas.

En 1899, el general Roca visitó Río Gallegos, cuando regre-

saba de aquellas conferencias del Estrecho. Don Ibón Noya, vecino calificado de aquel pueblo y autor del proyecto de homenaje votado por la Municipalidad, ha recordado con palabras llenas de emoción la visita aquella del primer mandatario. Reunió, dice, en su residencia al pueblo, que no pasaba, por aquel entonces, de 400 personas, entre hombres, mujeres y niños. Les habló con sinceridad, llana, casi paternalmente. Y las dos necesidades más premiosas que escuchó de labios de aquellos pobladores: el aislamiento y la carestía de la vida en esos parajes, prometió resolverlas.

A los dos años cabales, según su promesa, el telégrafo nacional unió los puertos de la Costa Sur con Buenos Aires. E impresionado, sin duda, por el gran emporio que ya prometía Punta Arenas, que era puerto libre, cargó en los buques de la escuadra de mar a los empleados de aduana y los trajo a la Capital, donde les dió nuevo destino.

Así, de modo tan expeditivo, se obviaron los reparos de orden constitucional y se salvó el porvenir de la Patagonia. El Sur progresó, se pobló, llegaron capitales y el trabajo tesonero hizo lo demás. El gran período de evolución y desenvolvimiento patagónico data desde aquel año de 1899 hasta 1918. Y con el retorno de las aduanas, volvió el estancamiento del progreso en los territorios australes.

Algo más pidieron aquellos hombres del Sur al presidente que los visitaba. La tierra que se les concedía era escasa. Con 10.000 hectáreas, en esos campos pobres de la Patagonia, se imposibilitaba el trabajo próspero, dentro de los límites de la ley. El general Roca les declaró: "Bastante sacrificio realizan los hombres de la Patagonia con vivir en estos parajes, para que el gobierno les esté mequinando la tierra, que ellos mismos han conquistado y que si un día tendrá gran valor será porque ellos lo han conseguido con su trabajo, con sus penurias, con sus benditas ilusiones. A ustedes no se les puede negar la tierra, que es de ustedes. Tomen por ello la que necesiten para trabajar, y el gobierno reconocerá los legítimos derechos. La ley será reformada en favor de ustedes."

La ley de tierras reformada, dándose opción al doble de la superficie hasta entonces permitida, y se reconoció el derecho de propiedad.

Fué así, con la ayuda del telégrafo, con la regularización del servicio de los transportes nacionales, con puertos francos y con la certidumbre de que el esfuerzo volcado en la tierra, volvería al poblador con la propiedad de la misma, como pudo afianzarse el progreso en el Sur y la radicación definitiva de hombres y de empresas.

La gran figura del general Roca, de vigorosos perfiles, se agranda ahora en el contraste de tantos errores de gobierno que se cometieron posteriormente: la reimplantación de las aduanas y la inseguridad absoluta en la posesión de la tierra pública, al margen de expresas disposiciones de la ley respectiva.

La principal calle de Río Gallegos lleva el nombre del presidente Roca. Pronto verán sus habitantes, corporizada en el mármol o en el bronce, la noble efigie de quien supo conquistar, con la espada y con el pensamiento, la gratitud de sus conciudadanos.

El Honorable Congreso de la Nación no puede mostrarse indiferente a un homenaje como éste, que honra a una gran figura histórica y enaltece, al propio tiempo, a los pueblos que tan dignamente saben cultivar el sentimiento de la gratitud ciudadana.

Por ello, pido que el Honorable Congreso se asocie al homenaje proyectado por la Municipalidad de Río Gallegos y contribuya económicamente a su realización, conforme al precedente vinculado con ese mismo municipio, al que se refiere la ley 6.343.

Dionisio Schoo Lastra.



Cerco Olivera

EL ALAMBRADO MODERNO



"Argentina Austral"

evoca la figura ilustre del
General

Julio Argentino Roca

en el vigésimo aniversario de su fallecimiento
y celebra el cincuentenario de la ley orgánica
de los territorios nacionales, por él promulgada,
dedicando este número extraordinario a la memoria
del militar glorioso, del estadista genial y del
patricio que tanto hizo por el bienestar
de la región sur del suelo argentino.



NOTA PRELIMINAR

El doctor Ricardo A. Fisch, distinguido abogado que alcanzó su consagración en plena juventud, está identificado con los ideales de esta revista desde la hora en que la misma vió la luz pública. Su pluma brillante nos ha dado trabajos que por la profundidad de sus conceptos, expuestos con claridad admirable, lo destacan como uno de los mejores colaboradores de ARGENTINA AUSTRAL. Su obra "Cuestiones Patagónicas", en la que aquellos han sido reunidos, constituye una fuente necesaria de consulta para los estudiosos de los problemas del Sur y para los que se interesen realmente por la solución de los mismos. En esta oportunidad no podía faltar la firma del doctor Fisch y así lo vemos aquí acudiendo a la cita con un gesto que lo honra: él, que bien pudo ser el elogiado, ha preferido suscribir el testimonio de los méritos con que sus compañeros de colaboración concurren a dar a este número todo el brillo que es menester para exaltar la extraordinaria figura del general Julio A. Roca.

N. de la R.

DESPUES del homenaje a Piedra Buena, el héroe legendario de las costas patagónicas, ARGENTINA AUSTRAL — animada por la benevolente acogida que recibió aquel esfuerzo — se propuso consagrar este número a Julio Argentino Roca, el estadista eminente cuya obra — entre tantas — influyó de una manera decisiva para que se incorporase a la soberanía y a la vida de la Nación, la dilatada comarca de la patria que se extiende desde el Sud del Río Negro hasta las aguas del océano polar.

El designio no se habría convertido en realidad, si no hubiese contado con la fuerza esencialmente espiritual que impulsa a esta revista, tanto aparecía como difícil la tarea de abordar dignamente el tema, para que su desarrollo no desmereciese frente a la magnitud considerable de esta figura del insigne prócer.

Pero la aludida finalidad acicateó el ánimo, y es así que la comunión feliz de intelectuales destacados, contribuyendo desinteresadamente con lo mejor de sus espíritus, y el aporte de la Sociedad editora, que a sus actividades de orden práctico añade esta noble contribución cultural, han permitido ofrecer a los lectores el presente número extraordinario, como tributo de la Patagonia al General Roca.

La revista desea expresar el público testimonio de su reconocimiento a quienes la secundaron tan eficazmente en la empresa, y en tal orden de ideas don Julio A. Peña se ha hecho acreedor a su inclusión en este cuadro de honor, por el empeño y tesón con que coadyuvó para aportar interesantes antecedentes, copioso material gráfico y colaboraciones inéditas. Todas las publicadas revisten ese carácter; han sido especialmente escritas para este número de ARGENTINA AUSTRAL.

Manuel Alfredo Pacheco, no fué arrebatado prematuramente a la vida del arte, sin dejarnos como obra póstuma la admirable carátula que ilustra esta publicación. Sus facultades para sintetizar una idea en cada ilustración, le permitieron trazar sobriamente el cuadro del erial patagónico, en el que se destaca la figura ecuestre de Roca.

Enrique Loncán — que a la justa fama de su brillante oratoria, ha añadido ya la de literato de alto fuste, como colaborador de "La Nación", de "El Hogar", y como autor de los libros de gran éxito "El Mirador Porteño" y "Aldea Millonaria" — nos ha brindado las hermosas páginas que por primera vez permiten a ARGENTINA AUSTRAL incluir su nombre en la lista de sus colaboradores. El sagaz observador que nos deleitaba con la fina ironía de sus producciones anteriores, se nos revela en este enjundioso ensayo con marcados contornos de humanista, sociólogo e historiador, terreno al que entra con la maestría que le confiere su ponderable versación en las bellas letras.

Los nombres de Teodoro Caillet-Bois y de Héctor R. Ratto, no son nuevos para ARGENTINA AUSTRAL, sin contar la difusión y autoridad con que son citados en el mundo intelectual, por el considerable mérito de la obra que han realizado. Ambos han pasado por nuestra marina de guerra donde alcanzaron el grado de capitanes de fragata, y ambos son publicistas destacados. La historia naval argentina debe su paternidad al primero, quien además de colaborador de "La Nación", dirige el Boletín que edita el Centro Naval. El capitán de marina Ratto, colaborador de "La Prensa", es una autoridad en arqueología naval, y su notable erudición sobre navegaciones históricas campea en obras que enriquecen y honran la bibliografía nacional.

Argentina Austral

Augusto Marcó del Pont, autor de un libro sobre Roca, no podía faltar a esta cita de homenaje a su bibliografiado, y así realza con su trabajo esta publicación.

El general Pablo Riccheri, ministro de Guerra del general Roca, figura consular de nuestro ejército, que acaba de ser objeto de un homenaje sin precedentes por parte del Congreso Nacional, en su deseo de colaborar en esta obra nos ha remitido un artículo publicado hace ya algunos años en "La Nación", en el cual refiere uno de los tantos episodios de su brillante actuación pública.

Por su parte, el general Francisco M. Vélez, otro de los más distinguidos jefes del ejército nacional, en el cual ha desempeñado los cargos de mayor responsabilidad, poniendo al servicio del grado de eficiencia que hoy ostenta, la inteligencia y la vocación que lo caracterizan, también prestigia este número con su firma, puesta al pie de su interesante trabajo, donde juzga desde el punto de vista militar las campañas del general Roca, deteniéndose especialmente en la del desierto.

Desde los confines de la Tierra del Fuego, don Lucas Bridges ha querido hacer oír su voz autorizada que demuestra hasta dónde llegaban las preocupaciones del presidente Roca por los problemas de esta isla. Hijo del reverendo don Tomás Bridges, primer misionero que se estableció en los canales fueguinos, don Lucas sigue la tradición honrosa de su padre, y sus fuertes manos de trabajador toman de vez en cuando la pluma para engalanar las páginas de ARGENTINA AUSTRAL con sus interesantes recuerdos.

Armando Braun Menéndez, en breve tiempo se ha granjeado merecida reputación por sus trabajos históricos. A las dotes de su brillante imaginación, une profundo empeño en las investigaciones del pasado patagónico, y será a no dudarlo el historiador más documentado de nuestro Sud. En las páginas de ARGENTINA AUSTRAL sacó del olvido a Rouquaud, a Aurelie Antoine I, rey de la Araucanía y de la Patagonia; y aparte de otros trabajos aparecidos en "Aconcagua" y el "Boletín del Centro Naval", tiene en prensa "El Motín de los Artilleros", ilustrado por Map. A su entusiasmo debe en gran parte ARGENTINA AUSTRAL, los méritos de este número extraordinario.

Don Carlos Borgialli, persevera en su meritoria labor encaminada a salvar del olvido viejos episodios de los primeros tiempos de la vida patagónica. Que a tales recuerdos está unida la memoria de Roca, lo demuestra su colaboración.

Tomás del Pozo, es un joven escritor, cuya vocación de periodista se ha revelado en ARGENTINA AUSTRAL; bajo el anónimo de quienes se connaturalizan con el órgano que dirigen, ha contribuido silenciosa y modestamente al éxito de esta revista, y en ocasión del presente número, además de la colaboración debida a su pluma, ha puesto el mejor de su entusiasmo.

Pepe Magallanes, pseudónimo que esconde a un viejo periodista de la antigua Punta Arenas, conoce muchos detalles de la pequeña historia del Sud, y en esta ocasión nos descubre los entretelones de la permanencia del Presidente Roca en el estrecho.

o o o

Cuando la Sociedad Anónima Importadora y Exportadora de la Patagonia — núcleo que reúne una falange de "pioners" del Sud — fundó esta revista, se propuso facilitar la exteriorización de sus inquietudes y preocupaciones morales, para una desmembración de la familia argentina, asentada y antes casi aislada, en el dilatado desierto patagónico. La finalidad está lograda, porque aparte de las cotidianas preocupaciones que comporta la lucha económica y el progreso material, nuestros territorios australes no han olvidado a Piedra Buena, el taumaturgo abanderado del país durante el largo período del abandono de esas regiones, ni a Roca, el estadista genial que aseguró allí para el pabellón nacional el sólido baluarte cimentado en la paz, el trabajo y la libertad.

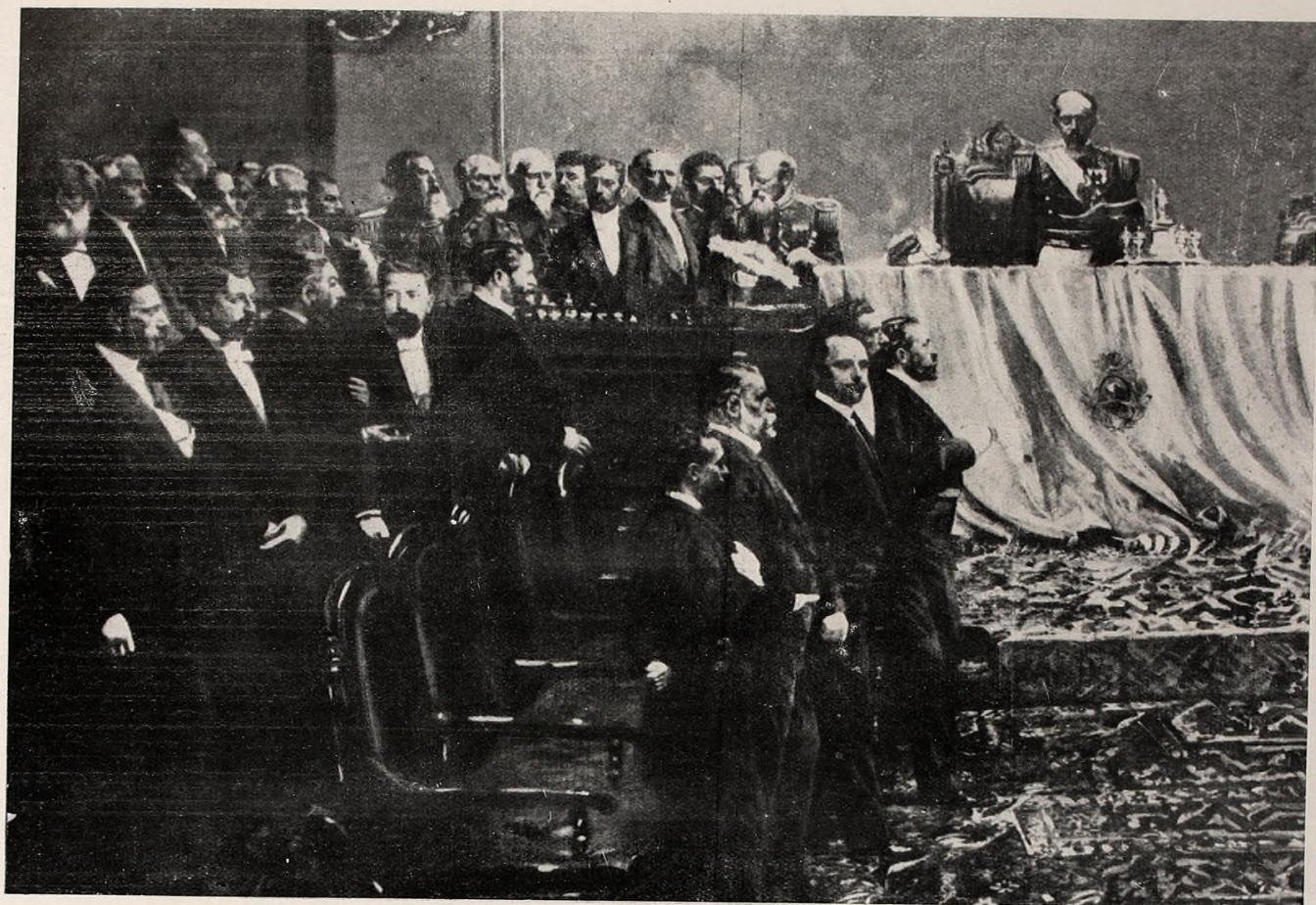
De qué manera lo hizo, es lo que admirablemente enseñan las colaboraciones que a continuación encontrará el lector.

Ricardo A. Fisch.

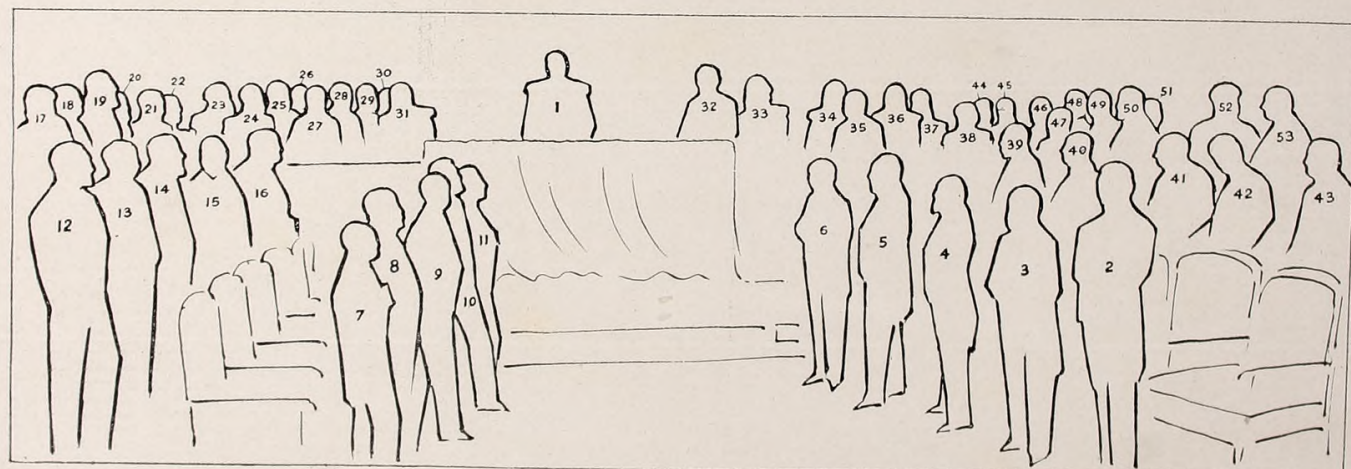


Argentina Austral

TODO TIEMPO PASADO



El presidente de la República, general Julio A. Roca, al inaugurar uno de los períodos parlamentarios, lee su mensaje después del atentado de que lo hizo víctima Monges en el trayecto de la Casa de Gobierno al Congreso



1. — General Julio A. Roca.

2. — Carlos Pellegrini.

3. — Eduardo Wilde.

4. — Wenceslao Pacheco.

5. — Francisco J. Ortiz.

6. — Isaac M. Chavarría.

7. — Manuel Derqui.

8. — Antonio Cambaceres.

9. — Miguel Juárez Celman.

10. — Absalón Rojas.

FUÉ MEJOR



- | | |
|---|--|
| 11. — José Vicente Zapata. | 34. — Vicealmirante Mariano Cordero. |
| 12. — Miguel Ortiz. | 35. — Alejo Ledesma. |
| 13. — Domingo T. Pérez. | 36. — General Julio de Vedia. |
| 14. — Toribio Mendoza. | 37. — General Napoleón Uriburu. |
| 15. — Juan E. Serú. | 38. — General Donato Alvarez. |
| 16. — Benjamín Paz. | 39. — Carlos Tagle. |
| 17. — Nicolás Calvo. | 40. — Filemón Posse. |
| 18. — Federico Corbalán. | 41. — Tristán Malbrán. |
| 19. — Tiburcio Benegas. | 42. — Ramón J. Cárcano. |
| 20. — Miguel M. Nougués. | 43. — Ataliva Roca. |
| 23. — General Nicolás Levalle. | 44. — General José M. Uriburu. |
| 24. — Contraalmirante Bartolomé Cordero. | 45. — Coronel Remigio Gil. |
| 25. — General José M. Bustillo. | 46. — Teniente Coronel Franklin Rawson. |
| 26. — Coronel Juan Escalante. | 47. — Capitán de Navío Martín Rivadavia. |
| 27. — Benigno Ocampo. | 48. — General Eduardo Pico. |
| 28. — Torcuato de Alvear. | 49. — Carlos A. Mansilla. |
| 29. — Coronel Artemio Gramajo. | 50. — José Miguel Olmedo. |
| 30. — Coronel Nicanor Quirno. | 51. — Octavio Massini. |
| 31. — General Joaquín Viejobueno. | 52. — Ramón Javier Figueroa. |
| 32. — Francisco Madero. | 53. — Manuel Crespo. |
| 33. — Eutoquio Díaz (Guerrero de la Indep.) | |



parecía un mariscal del Segundo Imperio -

SEMBLANZA

por

Armando Braun Menéndez

(Especial para ARGENTINA AUSTRAL)



ON Julio Argentino Roca y Paz nació en Tucumán el 17 de julio de 1843. Predispuesto por tradición hereditaria al culto de Marte, el destino lo trajo al mundo bajo el signo del laurel, el olivo y el cuerno de abundancia, símbolos eternos de la paz.

¡Fué un guerrero pacifista!

He ahí dos vocablos que parecen inconciliables; sin embargo, calza bien esta designación paradójica a quien fué eximio militar (capaz de ganar batallas y no sólo de vestir casaca y engalanarse de entorchados) y se demostró sincero pacifista (nada de discursos vacuos, sino probado cultor y ejecutante).

La tradición guerrera le venía de muy lejos: hay en su prosapia nobles de Castilla exterminadores de moros; capitanes del Rey, gestores de hazañas...

Su padre, el coronel don José Segundo Roca, fué de aquellos del Ejército Libertador y estuvo en Pasco, Lima, Pichincha, Zepita y Junín, nombres que tienen resonancia de gloria y que son jalones de la más grande epopeya suramericana.

Julio A. Roca, por su parte, combatió en Cepeda, Pavón y Las Playas, padeció con los de Curupaytí, ganó la batalla de Santa Rosa y conquistó el Desierto...

Padre e hijo, los Roca han estado presentes en todos los encuentros que sostuvieron las armas argentinas — ya sea en campañas exteriores o guerras intestinas — desde la emancipación hasta que detonara el último cañón del último combate y alcanzara la República la quietud que había menester para su definitivo progreso.

El pacifismo, sentimiento inusitado en Roca si nos atenemos a sus antecedentes, debe de haberle sido infundido con la sangre amantísima de la madre, la dama patricia doña Agustina Paz — hija y hermana de próceres civiles, — que le legó además un apellido simbólico.

El vocablo "paz" se identifica moral y materialmente con Julio A. Roca. Fué llamado en su época "El Pacificador", y la síntesis de su programa de gobierno: "Paz y progreso".

Tres fueron las estancias de Roca — heredada una, recibida en premio la segunda, y adquirida la última, — y estas sus denominaciones: "La Paz", "La Larga", y la "Argentina". Con estos tres nombres unidos y ordenados se condensa la aspiración más grata al corazón del gobernante ilustre: haya "larga paz argentina"...

Supo afrontar y resolver como gobernante, más que como militar, los problemas internacionales que, como espadas de Dámocles, estuvieron suspendidos sobre la vida y el progreso del país durante cuarenta años: la cuestión de límites con Chile y el Brasil.

Dios lo iluminó cuando resistió la vanidosa posibilidad de personales glorias militares, para cumplir con el deber de gobernante sensato y de cristiano.

"Chile quedaría en cueros y nosotros con sólo la camisa"... Con esta frase gráfica y elocuente, Roca advertía a familiares y amigos la mutua desnudez (porque la camisa sola es poco vestido) en que quedarían los pobres, sufridos y tenaces contendores después de la estéril contienda.

Las guerras, además, no terminan en las fechas que luego se festejan como armisticio, tregua o paz, generalmente impuestos por el vencedor. El estado de guerra persiste: se almacena odio en el alma del vencido; aliento y necesidad de desquite para satisfacer su honra y su orgullo, humillados y entristecidos.

La Patagonia había sido la manzana de la discordia entre los gobiernos argentino y chileno; poco faltó para que fuese el más cruento campo de batalla.

El primer servicio que a Roca le debe la Patagonia es la paz en que se vive; sin ello no hubiera habido progreso posible en el Sur.

La diplomacia de los estados rivales, con la vaguedad sutil de sus proposiciones y la argumentación capciosa de sus notas, no había logrado otra cosa que complicar la cuestión de límites, a un punto tal, que se olvidaban los embajadores y peritos de lo principal, para discutir acerbamente el detalle, y obtener la pequeña ventaja a costa de la grande necesidad: la paz.

Esta discusión eterna, al prolongar indefinidamente el conflicto, excitaba a los pueblos y los mantenía en una continua tensión que se hacía siempre más belicosa.

Felizmente, los gobernantes, en medio del temporal de las pasiones, conservaban fresca la cabeza. Y así fué cómo los presidentes resolvieron entrevistarse, convencidos de la posibilidad de un arreglo si éste era propuesto con ecuanimidad y mantenido lealmente. Para la entrevista eligieron un punto geográfico equidistante entre ambas capitales, citándose en la rada del puerto de Punta Arenas, escenario humilde que se agranda y enorgullece con esta oportunidad que le brinda la historia.

Mensajero de paz, rumbo al estrecho de Magallanes, Roca visitó toda la costa sur, desembarcó en Madryn, fué a Trelew y Dolavon, donde alentó a los sufridos galenses, estuvo en Santa Cruz y Río Gallegos, donde pulsó el sentir de los pobladores y

alcanzó hasta la remota Ushuaia. Y en un amanecer radiante, mientras todos los ojos buscaban advertir las siluetas de los buques de su escuadra hacia el Atlántico, aparecieron los humos por el sur. El pacifismo no le había borrado del espíritu a Roca el desprecio al peligro, y se lució la escuadra forzando al paso estrecho y mal demarcado, que más tarde se llamó paso argentino.

En la rada de Punta Arenas estaba fondeada la escuadra chilena. Las salvas de saludo de los buques de guerra originaron una grandiosa e impresionante pirotecnia. Roca no esperó la visita de Errázuriz; y cuando los enviados de éste fueron a saludarlo en nombre del Presidente de la República de Chile y a pedirle que señalara la hora para una audiencia, Roca, por toda respuesta, se embarcó en la misma falúa de los enviados y se dirigió a bordo del O'Higgins, buque insignia chileno.

Este rasgo rompió el hielo. Sobre el portalón de la nave almirante lo esperaba Errázuriz. Allí se tendieron la mano y escucharon luego los himnos patrios, descubierta la cabeza, rodeados de los altos dignatarios, conscientes de la solemnidad del momento y henchidos de fraternidad.

Esta célebre entrevista fué llamada el "abrazo del Estrecho". No hubo tal abrazo, que yo sepa. Pero está bien que se le denomine así. Es una designación expresiva y simbólica; al fin y al cabo, la conjunción de dos cuerpos acerca más sus corazones.

En Punta Arenas se dijeron cosas saludables, y entre ellas nada mejor que esta frase sabia y profunda, pronunciada por Roca en la cámara del O'Higgins, en ocasión de su brindis: "La paz como medio y como fin de civilización y engrandecimiento es "en verdad un don de la Divina Providencia; pero es también un supremo deber moral "y práctico para las naciones que tenemos el deber de gobernar."

¡Deberían estar grabados estos conceptos, con caracteres indelebles, en un lugar prominente de los despachos de todos los gobernantes del mundo!

Después de haberle asegurado la paz, Roca promovió el progreso de la Patagonia.

Su actividad en el ejercicio del poder público — que manejó durante doce años — fué múltiple y fecunda.

Me animo apenas a resumir en esta semblanza la labor que desarrolló en beneficio de los territorios del sur. Es que no me atrevo a abarcar más; sobre todo, luego de haber leído — conmovido por tanta belleza, erudición y profundidad de síntesis — el retrato trazado por Octavio R. Amadeo. ¡Con mi escueta vara literaria no me es posible medir la altura de gigantes!...

La Patagonia brilla aún con el prestigio de lo desconocido. La realidad es bien distinta, y entre las crudas realidades es preciso mencionar el abandono penoso en que la tiene sumida el Poder Público.

Todo conspira para hacerlos más desconocidos, y por ende más descuidados, a los territorios del sur: los presidentes de la Nación no los visitan; los administradores de la tierra pública no los conocen sino en el mapa, cuando no de oídas (entonces por bocas interesadas); los gobernadores — aves de paso, — aunque pletóricos de buena voluntad, son huérfanos de facultades. Será porque entre otras desdichas los pobladores sufren una "capitis diminutio" electoral; son argentinos, pero sin derecho a elegir re-

presentantes. La posesión del voto siempre despierta el interés y las ansias de los candidatos y de los partidos: el lustrabotas inscripto en el registro electoral es un personaje que hay que oír y halagar. Por eso los territorios sureños no interesan.

El gobierno de Roca constituyó una excepción; por ese motivo este mandatario vive tan hondo en el reconocimiento y afecto de los colonos patagónicos.

He aquí la síntesis de su labor:

Encabezando la columna libertadora entró en el desierto y lo conquistó sobre el indio. Desde ese día terminaron los malones y la degradante repartición de honores y raciones a los caciques para asegurar sus voluntades. El gobierno recobró ante el indio la dignidad perdida.

Tendió a todo lo largo del territorio, y hasta empalmar con el ramal chileno de Punta Arenas, el hilo del telégrafo, poniendo término al aislamiento en que vivía la costa patagónica. Como buen estratega, aseguró antes que nada el contacto con los puestos avanzados de la República.

Después de estas providencias aseguró el orden: estableció la autoridad, creó la policía y organizó guarniciones del ejército nacional.

Para promover el progreso y el bienestar de aquellos habitantes de la República que vivían en el peor clima y en la región más desierta del país, quitó la aduana. Para lograr su intento optó por lo más fácil: embarcó un día a los empleados aduaneros y los remitió a Buenos Aires. No habiendo perceptores, no puede abonarse impuesto...

Visitó personalmente al funcionario, al cacique tehuelche y al colono extranjero; convocó a los pueblos para escuchar sus pedidos — que siempre consideró — y para formularles sus promesas — que nunca fueron vanas — infundiéndoles de esta suerte ánimo para la labor y confianza en las instituciones de la República.

Y para lograr la colonización del vasto erial patagónico, ordenó la publicación de avisos y carteles, en Punta Arenas y las islas Malvinas, mediante los cuales se llamaba a los hombres de buena voluntad que quisieran poblar el suelo argentino; y designándoles a los interesados la lejana región — nuevo Eldorado, — les aconsejó se radicaran en ella, pues sus afanes serían estimulados, sus trabajos protegidos y la adjudicación de la tierra que poblaran con su capital y su esfuerzo, sería el justo premio de sus sacrificios.

Así se pobló la Patagonia de los mejores hombres con que cuenta hoy día.

Aquellos pobladores viven hoy convencidos de que para que los territorios sureños vuelvan a los tiempos pretéritos de su esplendor — hoy tan echados de menos — sería menester, previamente, que volviera Roca.

En lo físico, Roca es también excepcional.

Yo no lo conocí; pero es como si lo viera. Su figura, con la fama, se popularizó en grabados, fotografías — su época coincide con el auge fotográfico — y en caricaturas, que aparecieron con profusión inusitada en periódicos y revistas.

La caricatura solía representarlo con la imagen del zorro. De "zorro" también lo apodaban. Pero además de instintiva, como la del raposo, la zorrería de Roca era pura inteligencia: poseía en sumo grado la astucia y la sagacidad. Era un filósofo que se complacía en disecar las naturalezas humanas. Entre el fárrago de los ditirambos, salmos y alabanzas de los asiduos y ostentadores parciales, el presidente descubría pronto — pero sin mortificarse — la codicia y la finalidad mezquina.

El mirar le salía de la cabeza inclinada; las pupilas solían forzar a través de las cejas pobladas, dejando la mitad del ojo en blanco. En la profundidad de esos ojos — de color gris azul indefinido — naufragaban los incautos contertulios y peticionantes que intentaban adivinar su pensamiento íntimo.

Su figura, que fué arrogante y marcial en la primera presidencia — parecía un mariscal del Segundo Imperio, — se dulcificó con los años, haciéndose más grave y solemne. En el segundo período de su gobierno, una barba gris, el andar reposado y seguro y el porte elegante, dábanle un aspecto honorable que infundía admiración y respeto.

Su conjunto físico era armonioso, representativo y solemne como una institución. En los momentos de gran ansiedad pública, mirar a Roca daba tranquilidad.

La Patagonia ha empezado a querer honrar sus próceres. Ya lo hizo con Piedra Buena, — aquel bohemio del mar — erigiendo su busto en los lugares que lo conocieron.

Ahora le corresponde honrar al hombre público que realizó la labor práctica: asegurar la paz, construir, poblar y civilizar.

Sería preciso erigirle una estatua “sui generis” que se apartase en su ejecución de las normas usuales. Dejemos para Buenos Aires la efigie del airoso militar jinete en uno de aquellos clásicos caballos que sólo existen esculpidos. Para la Patagonia necesitamos reconstruir en el bronce la popular silueta del mandatario que la visitó, con su sombrero en forma de hongo, su chalina de lana, el grueso sobretodo, en el puño el rudo bastón de caminante; y sobre sus barbas aquella sonrisa afable y protectora, y en su rostro ese mirar penetrante pero cariñoso, que distribuyó paternalmente sobre los pobladores patagónicos infundiéndoles tantas cosas buenas.

En su “recordatoria” encuentro un pensamiento que resume la finalidad de su vida admirable: grandeza para la patria dentro de la paz fecunda. Helo aquí: “Hasta su último día fué su ideal la grandeza de la patria terrena; concédele, Señor, la posesión de la gloria en la patria eterna. Y ya que la paz fué en la tierra la aspiración de su alma, encuéntrala indefectible en el cielo.”



MIS RECUERDOS DE ENTONCES

Por el capitán de fragata
TEODORO CAILLET-BOIS

o o o



NO 1898.—Recién egresado de la Escuela Naval, mi primer embarco es en el **25 de Mayo**, capitán de fragata Emilio Barilari. El buque forma parte de la División de cruceros al mando de su hermano Atilio, entonces capitán de navío. Estamos fondeados en Rada Exterior y llevamos una vida ruda de ejercicios y aislamiento, meses sin bajar a tierra, por lo menos la gente y los guardiamarinas. No se ha establecido aun la conscripción, y la tripulación es toda de **enganchados**, conglomerado artificial de individuos más o menos al margen de la vida normal, sacados algunos de la cárcel, o ex-muchachones enviados a bordo para corrección, con sueldo miserable que no está en proporción con la época de relativa prosperidad que ha alcanzado el país. Pero la prolongada vida en rada abierta ha templado esa gente, volviéndola eximia en faenas marinerías, sobre todo en manejo de embarcaciones...

Estamos frecuentemente **acuartelados**, pues la cuestión de límites con Chile, arreglada en 1881 en lo referente al Estrecho, ha permanecido desde entonces latente y pasa en los últimos tres años por un período delicado, el de la "paz armada", que al parecer está llegando a su crisis. Ambos países se arman a toda prisa y adquieren barcos de guerra; cada costosa adquisición es **retrucada** con otra no menos costosa. Como no hay mal que por bien no venga, esta tensión ha tenido una virtud por lo que a mi modesta persona se refiere, la de apresurar mi egreso de la Escuela Naval: Los cursos anuales se redujeron a semestres, sumando sólo dos años y medio para mi "camada"; y como yo además gané un año al ingresar, he tenido en definitiva sólo año y medio de escuela; el mínimo que se haya registrado.

Ha anochecido... A la hora de retreta el largo toque de "oración" — en mala hora abolido y en el que el trompa desplegaba to-

Mis recuerdos de guardiamarina — ¡felices tiempos! — se vinculan a un episodio histórico del que es protagonista el general Roca. Sirvame ello de pretexto para introducirme una vez más en las páginas de ARGENTINA AUSTRAL, para mal de sus lectores, en este número destinado al elogio del ilustre hombre de Estado.

o o o

da su virtuosidad — nos ha emocionado con sus notas sentidas, recordándonos en medio minuto de recogimiento la Patria, los seres queridos, el mundo donde se vive...; es el único momento sentimental en la vida del buque. Ahora las tripulaciones duermen. Viento fresco de afuera, con bastante oleaje...

Novedades: ...el timonel avisa que del puerto viene un vaporcito: ...En efecto, una lucecita blanca, una, dos, de color, bailan sobre la marejada en dirección a la ciudad, entre las tinieblas... Cada vez más cerca...; luego ruido de cadena filada por el escobén; el aviso — **Gaviota** o **Golondrina**, no recuerdo, — ha fondeado en medio de la escuadra.

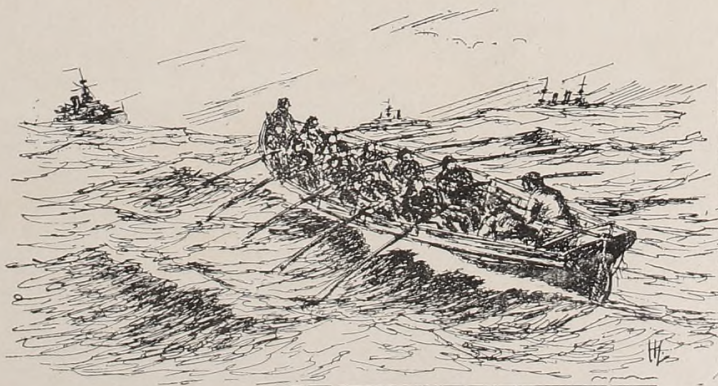
¿Qué puede traerlo así de noche y con mal tiempo?... De fijo la declaración de guerra, que siempre se está esperando...: tal es el comentario en la cámara. Mi buque está de guardia y yo de ayudante, con lo que es a mí a quien toca salir en lancha para el vaporcito.

Arriar lancha de noche en mal tiempo, con el oleaje corto y duro característico de nuestro estuario, no es tarea fácil, y me es grato registrar aquí la admiración que me dejó grabada en la mente aquella dotación. En un santiamén estuvo la lancha en el agua, junto a la escala, levemente abierta del costado por el diestro manejo de barloa, timón, bichero y peanas, hociendo más de un metro en el seno de las olas.

Luego, la bogada firme y segura de doce mocetones — nunca tuvo mejores bogadores la escuadra —... y héme aquí en el vaporcito: Despachos para el jefe de la escuadra. No recuerdo de que se trataría...; pero, una vez más y felizmente, no era la fatídica resolución que lanzaría uno contra otro a dos pueblos hermanos...

o o o

Meses después, enero 12, del 99, día radioso y sin nubes, la Sar-



...la bogada firme y segura de doce mocetones...
(Dibujo de H. Leban)

miento está lista a desplegar sus alas para la primera campaña, que será de circunnavegación y durará dos años. Inmenso gentío se ha reunido en Dársena Norte, pues el acontecimiento no es para menos..., y hasta mucha gente duda de que nuestros "marinos de agua dulce", sean capaces de semejante aventura. Se espera la visita del Excmo. Señor Presidente, teniente general Julio A. Roca.

A las 10.30 — registro en mis apuntes — el Presidente es recibido en la planchada por los jefes de la fragata; desplégase su insignia, a la vez que se empavesan los buques de guerra vecinos. La oficialidad, incluso guardiamarinas - alumnos, está reunida en toldilla; la tripulación desfila marcialmente... Después del almuerzo el general dirige corta alocución a los cuarentiún guardiamarinas cuya instrucción marinera es el objeto principal del largo viaje, (1)... y luego abandona el barco entre los hurras de la marinería distribuida en la arboladura.

Fué ésta mi primera visión del personaje, y cabe imaginar la curiosidad y respeto con que lo contemplamos. Ocupaba por segunda vez la presidencia y rodeábale considerable prestigio, tan sólo superado por el de la noble figura de Mitre, que pertenecía ya a la Historia. Para el vulgo, el público del "Don Quijote", tenía fama de astuto, a la que daba pábulo su talante grave y su frente de pensador, y hasta se decía que el "Zorro" se lo había fumado en pito a "Don Bartolo" en ocasión de un famoso "acuerdo", al regreso de un viaje del último a Europa. El hecho real es que las dos presidencias de Roca se desarrollaron tranquilamente del punto de vista de la política interna, sin apartarse de las normas constitucionales, lo que no es poco decir, y que en ambas fué grande el progreso del país. Supo rodearse de ministros eficaces, con prescindencia a menudo de las exigencias partidarias: tales fueron los de marina Martín Rivadavia y Onofre Betbeder.

o o o

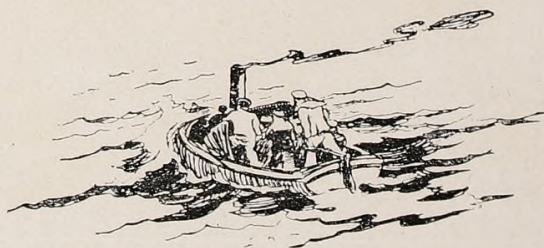
Golfo Nuevo, 19 de enero. — En los ocho días transcurridos hemos tomado contacto con el mar, fuente insuperable de belleza. El tiempo ha sido bueno en general, y una vez fuera del turbio estuario tuvimos amplio espacio para admirar las aguas profundas del Atlántico, azul intenso o verde traslúcido, y el inmenso velamen tapando mitad del cielo y barriendo nubes y estrellas en el pausado semicírculo de los **bandazos**. Espectáculo soberbio e impresión imborrable, que difícilmente podrán ya sentir las nuevas generaciones, pues estamos asistiendo ahora precisamente a la extinción de los grandes buques de vela. Baste mencionar que Inglaterra, reina de los mares, no posee ya una sola fra-

gata de vela, que los Estados Unidos sólo tienen dos o tres, de las que una — **horresco referens** — está amarrada en una caleta sirviendo de local para reuniones y bailes — como quien tuviera atado un ictiosaurio en una feria —; la otra atiende una línea de tráfico, pero lo hace con permanente pérdida, por capricho marinerio de un millonario, como estanciero que unciese al arado un gliptodón...

o o o

Breve escala en Madryn, durante la cual — dice mi libreta de apuntes — **"sopla constantemente viento muy fuerte de tierra, arrachado a veces, produciendo un raro zumbido en el aire. Costas de aridez espantosa, matorrales achaparrados color rojizo, como calcinados..."**: tal mi primera impresión, algo extraña y muy poco halagüeña, de la Patagonia. Madryn se compone de cinco casas: la subprefectura, galponcito desierto, con un inquietante letrero previniendo en seis idiomas a los desertores en ciernes que **"de aquí a la colonia del Chubut hay 51 millas sin agua"**; otro galponcito es oficina del Telégrafo que se está instalando; un almacén, dos viviendas y... un galpón del F. C. Del ferrocarril, sí, pues dentro de esta pobreza Madryn tiene su muellecito y su trencito; este último lo comunica con Trelew, de donde le trae agua, a precio de pesos 10 la tonelada. ¡Benditos galenses!

Al día siguiente de nuestro arribo llega al fondeadero el veterano Villarino, con el Gobernador del Chubut, coronel O'Donnell, arbolando insignia de general, la que es saludada por la **Sarmiento**.



El 21 entra el **San Martín**, insignia de la "división Bahía Blanca", que manda el capitán de navío Manuel J. García. El hermoso barco es una de las recientes adquisiciones navales, el segundo de los cuatro cruceros acorazados que por más de treinta años nos constituirían una escuadra homogénea y eficaz; su aspecto es militar, como de fortaleza, y produce en nuestros ánimos juveniles impresión de poder y seguridad, nuestra primer noción del dominio del mar.

El capitán García visita a la **Sarmiento** y nos dirige la palabra. **"Niego a nadie, dijo, el derecho de experimentar mayor regocijo, y de apreciar mejor que yo el inmenso progreso que para nosotros representa encon-**

(1) Ver Los Viajes de la Sarmiento (edic. arg. R. de Azevedo, Florida 251).

Argentina Austral

trar reunido en la cubierta de esta nave un grupo tan numeroso y brillante de marinos argentinos...; porque para ello... es necesario haber conocido, juzgando como marino educado, el abismo material y moral que separaba hace unos veinte años la marina argentina de cualquier marina debidamente constituida..."

Su expresión era sentida y franca y merece aquí una explicación. Manuel José García, nieto o biznieto del prócer y famoso diplomático del apellido, fué una de las figuras más notables de nuestra moderna marina. Distinguidísimo, elegante y culto, formado en la marina francesa, hablaba correctamente todos los idiomas, conocía a fondo la profesión en todas sus fases y en todas dejó huellas de su saber en forma de conferencias, textos e inventos. Su trasplante de la marina francesa a la criolla, incipiente y precaria, con el viejo **Brown** como única unidad de fuerza durante quince años, debió constituir un rudo contraste. Nadie como él, ciertamente, estaba en condiciones de apreciar todo lo que significaban para el porvenir del país y para su marina de guerra las nuevas adquisiciones navales, los buques fuertes y veloces que por primera vez surcaban el mar patagónico afirmando la soberanía nacional, la oficialidad joven y preparada que iba interviniendo en su dirección, y en particular este buque escuela que iba a darle contacto fecundo con el mundo exterior y con las dificultades de la profesión, paseando con orgullo por los océanos la bandera de la joven república del Plata.

Nunca viera hasta entonces nuestro mar austral semejante actividad: una quincena o más de unidades de toda clase surcaban sus aguas simultáneamente. La "División Bahía Blanca" comprendía además del **San Martín** (comandante Emilio Bärilari) al **Pueyrredón** (Maurette), al rapidísimo crucero **Buenos Aires** y al carbonero **Chaco**; había salido el 18 de enero de su base en rada Belgrano, donde, recién entonces, iniciaba Luigi los trabajos del Puerto Militar. Otra división de cuatro unidades, la "del Río de la Plata" — **9 de Julio**, **25 de Mayo**, **Libertad** e **Independencia**, sin contar transporte **Pampa** —, andaba ya por la tierra del Fuego (1). El Presidente Roca en persona había salido a viaje para el sur con el **Belgrano**, **Patria**, **Espora** y **Gaviota**. Y por último dos o tres transportes (**Villarino**, **25 de Mayo**) andaban de recorrido por la costa. Y todo esto sin contar el **Garibaldi** y el transporte **Guardia Nacional**, que iban hacia entonces en viaje para Europa.

o o o

(1) En Ushuaia 17 de enero. "La Nación", del 13 febr. reproduce una interesante fotografía del desembarco de tropas en Ushuaia, a son de ejercicio.

Enero 23. Continuación del viaje. — A la salida del Golfo, mientras la fragata volteja con sus velas de cuchillo, pues tiene viento en contra, nos encontramos con otro crucero acorazado. Esta vez es el flamante **Belgrano**, la penúltima adquisición (la última es el **Pueyrredón**, que acaba de llegar al país). Escóltalo el crucerito **Patria** y trae la insignia máxima, la de presidente. A su bordo viajan, en efecto, para la Tierra del Fuego, el general Roca y su ministro de marina el comodoro Martín Rivadavia. Este último es otro de los jefes que con más respeto recuerda nuestra marina de guerra. Digno biznieto del gran Bernardino, fué patriota, probo, desinteresado, hombre de acción y eximio marino, el más capaz probablemente de nuestros lobos de mar de aquel entonces; su recuerdo está muy



El "Belgrano" frente a Punta Ninfas (De mi cuaderno de croquis)

vinculado, como el de Roca, a la historia de la Patagonia.

El **Belgrano**, que no tenía a quien pedir permiso, puso proa sobre nosotros, nos pasó de vuelta encontrada y dobló algo por nuestra popa para escuchar los estampidos de la salva reglamentaria..., y para verla más tiempo a la hermosa fragata. ¡Con cuánta emoción la contemplaría desde la toldilla del **Belgrano**, como símbolo del porvenir marítimo del país, aquel gran presidente, que fué el más marino de cuantos tuvo éste!

o o o

Es del caso hacer aquí algunas consideraciones sobre el viaje presidencial, que como veremos bien podría calificarse de **aventura**. Utilizaremos al efecto los artículos y crónicas de "La Nación" y de "La Prensa".

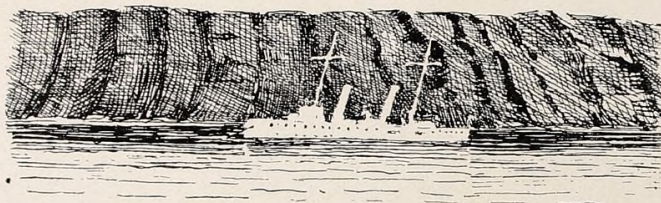
Roca salió de Buenos Aires para Bahía Blanca por tren, el 20 de enero: allá se embarcaría en el **Belgrano**. Hasta vísperas de su partida no se hablaba más que de un viaje a la Tierra del Fuego. La entrevista con el presidente chileno mencionala **La Nación** por primera vez el 18: el día antes ha habido activo intercambio telegráfico entre Buenos Aires y Santiago; en Chile se hablaba del asunto de tiempo atrás: una "conferencia sin testigos, a semejanza de la histórica de Guayaquil".

La Nación ni elogia ni critica; se le adivina el ceño fruncido.

Argentina Austral

Días después se concretan los barcos y la comitiva que se llevará el presidente Errazuriz. La comitiva, especialmente, será de importancia por la categoría oficial o social de sus componentes (1). Roca en cambio se lleva un séquito reducido, más de amigos personales que de figuración social o intelectual, como si sólo se tratase de una excursión de placer. Con Roca salieron, en efecto, a más del ministro de marina Martín Rivadavia y sus edecanes Galíndez e Iglesias, los diputados de Vedia, Eleazar Garzón, y Benito Carrasco, los SS. Emilio Bollini y Adrián Rossi y los edecanes Gramajo y Raybaud. El ministro de R. E. Amancio Alcorta ha ido al parecer, como agregado de última hora, a embarcarse en el **Belgrano** por el Chubut, con su oficial mayor Juan S. Gómez. El **Patria** ha sido asignado a los periodistas, pero sus condiciones marinerías se les pintaron con negros colores, como para disuadir a cualquiera.

En las esferas oficiales ha habido reserva impenetrable. Nada saben "La Nación" ni "La Prensa" del carácter que tendrá la entrevista, y todo son conjeturas. En Chile hay fuerte oposición: estando el litigio entregado a arbitraje, Barros Arana no ve en aquella más que peligro de complicaciones.



El **Patria** frente a las barrancas de Santa Cruz
(De mi cuaderno de croquis)

El encuentro se ha demorado, a pedido de Chile, para el 15 de febrero. Entretanto el presidente marino vaga a su gusto y antojo, sin rumbo fijo, por el mar patagón, tomando contacto con la colonia galense, con la lejana Ushuaia, complaciéndose en reconocer cabos y bahías, en encontrarse con los ubícuos barcos de guerra...

Pero es el caso que no hay telégrafo y radio, como ahora. Y en Buenos Aires es como si se lo hubiera tragado el mar. Un mes entero — parece increíble — transcurre sin que llegue la menor noticia. El 19 de febrero se le acaba la paciencia a "La Nación", y un editorial comenta con amargura la **aventura** presidencial, la prolongada acefalía del Gobierno;... el general demostrará eximias condiciones de navegante, de explorador, pero su actitud como mandatario resulta muy poco recomendable.

(1) Ministros Blanco Viel (R. E.), C. Concha (G. y Marina) y C. Palacios (Justicia); alm. Montt y su secretario Pérez de Arco; general S. Vergara; SS. E. Altamirano, L. Pereyra y J. Zegers (deleg. confer. arg. chilena); dos ministros de la Corte, varios senadores, etc. ("La Nación", 22 enero).

Recién tres días después, el 22 de febrero, se sabrá, por fin, del regreso de los expedicionarios.

o o o

Prosigamos ahora con nuestra crónica.

El inevitable mal tiempo frente al Golfo de San Jorge; el buque a la capa entre las olas inmensas; la impresión inquietante — las primeras veces — de que la fragata, en uno de esos largos bandazos, no va a **adrizarse** más. Luego la ría de Santa Cruz, con su ancha barra de bancos y sus barrancas del lado sur. Allí fondeamos, cerca de Monte Entrance, para ocuparnos semana y media en faenas de instrucción. Estamos lejos de la población, pero cierta vez me toca ir en lancha a la prefectura, "que nada notable ofrece, y hacia el **Quemado**, legua y media más allá. Era domingo, y caímos al terminar una carrera de caballos, en las que estaba presente toda la población. Unas 40 casitas y 3 almacenes bastante surtidos"...

Arriba al fondeadero, el **Patria**, y al otro día el **Belgrano**; éste nos da cita para la bahía de San Sebastián; formaremos escuadra para ir a Punta Arenas, donde Roca se entrevistará con el presidente de Chile.

o o o

San Sebastián, 11 de febrero; bahía desierta, arenosa y desabrida, cuyo único interés es de carácter histórico. Su fondo es costa baja, y durante dos siglos subsistió curiosamente la creencia de que se comunicaba por amplio canal con el centro del Estrecho de Magallanes, donde había en efecto, un profundo seno inexplorado; canal que hubiera ahorrado a los veleros una travesía tortuosa y el difícil paso por las dos angosturas de la boca oriental.



Bahía San Sebastián. (De mi cuaderno de croquis)

Fitz Roy comprobó hace un siglo, no sin dificultades, la inexistencia del presunto canal, pues tocó el fondo de ambas bahías y llamó **Inútil** a la que está frente a Punta Arenas; nombre acertado en lo que a navegación se refiere, pero no desde otros puntos de vista;... pues Fitz Roy no pudo ver entonces las trescientas mil ovejas que hoy están desparramadas en las estancias Camerón y Caleta Josefina, sin contar los dos

o tres millones distribuídas en el resto de la Tierra del Fuego.

o o o

El día 12 entra a San Sebastián el crucero **25 de Mayo**, para comunicarnos nuevo punto de reunión con el **Belgrano**: Puerto Hambre, dentro del Estrecho, al sur de Punta Arenas.

En marcha otra vez. En la última navegación la **Sarmiento** pagó la chapetonada dejándose sorprender por un chubasco, que rompió cantidad de cabos, les arrancó sus puños a las velas y sacudió violentamente algunas vergas en lo alto de los mástiles; durante media hora la arboladura fué un perfecto pandemonium. La lección fué saludable y no se repetiría en todo el viaje.

Febrero 14. — Fondo en Puerto Hambre, después de desfilas frente a Punta Arenas, envuelta ésta en bruma matinal; alcanzamos a ver sin embargo, corriéndose a lo largo de la costa, dos o tres barcos de silueta afilada y color oscuro, buques de guerra chilenos sin duda.

Puerto Hambre está desierto de barcos, lo mismo que de habitantes. Entre los árboles de la orilla sólo hay dos chozas, pertenecientes a indios semi-civilizados que se ocupan de corte de maderas en el interior.

Sabido es que por Puerto Hambre cambia enteramente el paisaje, comenzando el maravilloso escenario de montañas sumergidas y abruptas, cubiertas de bosque; por el sur una imponente cadena de picos — isla Dawson — se pierde entre las nubes; sucedense chubascos sin interrupción...; en el fondo del puerto tosca cruz de madera señala una tumba: "**In memory of the commander Pringles Stokes, who died of results of the anxieties...**"; uno de los episodios más trágicos del libro de Fitz Roy (1).

o o o

A primeras horas del 15, guiados por los focos que enciende la fragata, llegan al fondeadero el **Belgrano** y el **Patria**, procedentes al parecer del sur, como si en vez de embocar por el Estrecho hubiesen dado vuelta "**por los canales**". Así es, en efecto: el presidente Roca, piloteado, por el ministro Rivadavia en persona, ha tenido la audacia de internarse con el **Belgrano** — buque de calado — en el Beagle y demás canales, apenas conocidos y donde cada día aparecen nuevas piedras, para entrar al Estrecho por el Canal de Cockburn, dando así prueba acabada de pericia y arrojo marinerio. Visto el hecho retrospectivamente, no puedo menos

de juzgarlo una imprudencia — permítaseme el juicio, por cuanto era demasiado lo que se arriesgaba; piénsese en las consecuencias desairadas, por no decir desastrosas, que hubiera representado una encañadura del buque presidencial... **¡Audaces fortuna juvat!**; el adagio no se desmintió esta vez, y todo pasó sin tropiezos. Pero el cronista de "**La Nación**" habla con respeto de cierto pasaje por Bahía Desolada "**sembrado de escollos e islotes en confuso hacinamiento**". El "**Belgrano**" disminuyó velocidad y viró a todo timón sobre estribor, para pasar entre dos piedras grandes que emergían del agua y que sólo distaban 200 metros una de otra..." Sitio que se conoce hoy con el nombre de Paso Belgrano.



Paso Belgrano

La primera parte de la navegación por los canales había sido de lluvias y niebla, obligándoles a ocupar fondeadero improvisado en Bahía Ballenas; por allí habíanse encontrado con el **Villarino**. El resto de la travesía les ofreció como compensación una visión maravillosa del nevado de **Sarmiento**.

o o o

Febrero 15. — Esa misma mañana levamos los tres buques, **Sarmiento** al medio, y nos adelantamos hacia Punta Arenas, donde al ancla nos espera la escuadra chilena — **O'Higgins**, **Zenteno**, **Errázuriz** y transportes **Angamos** y **Campa** —. Entramos a la una de la tarde en línea de frente; izamos engalanado; al que contestan los chilenos con el suyo. El cañoneo — de salvas felizmente — se prolongará luego toda la tarde, haciéndose unos 500 disparos.

Del **O'Higgins** se ha desprendido una lancha; son el general Vergara y el comandante de la escuadra chilena, que traen el saludo de Errázuriz y el ofrecimiento de su visita. Roca les declara que será él quien haga la primera visita, y acto continuo se embarca en su falúa, acompañado de los ministros Alcorta y Rivadavia y de los edecanes Reybaud, Gramajo, Galíndez e Iglesias.

Es la entrevista que ha pasado a la Historia con el nombre simbólico de "**Abrazo de Punta Arenas**". Momento solemne: atraca la falúa al **O'Higgins**. El presidente argentino es recibido en el portalón por el comandante del hermoso crucero, mientras la banda de música rompe los acordes de nuestro himno. En cubier-

(1) Traducido recientemente al castellano por el que suscribe. (Biblioteca del Oficial de Marina. - Centro Naval).



Oficiales chilenos y argentinos a bordo del **O'Higgins**. De izquierda a derecha los argentinos son: sentados, Galíndez (Nº 1), Oliden (Nº 3), Gard (Nº 4); parados, Duarte y Fliess (2 y 3), Mulvany (5), Anabia (8)

ta, unos pasos más lejos, está el presidente chileno, rodeado de su comitiva. Adelántanse ambos presidentes, se estrechan largamente la mano, y luego esperan a que termine el himno... Las presentaciones de estilo..., los dos presidentes, algo apartados del grupo principal, sostienen luego una conversación de veinte minutos..., y Roca vuelve a su barco.

Momentos después, reproducese la escena a bordo del **San Martín**, donde los presidentes conversan media hora.

¿De qué hablarían a solas los grandes hombres? Misterio; por lo menos no lo supieron entonces "La Nación" ni "La Prensa". El guardiamarina de la **Sarmiento**, que no asistió de cerca a la entrevista, supone se trataría solamente de generalidades de cortesía internacional, de suavizar asperezas con el contacto per-

sonal, de facilitar el arreglo de las dificultades menores que pudieran surgir: los presidentes se felicitarían, de hombre a hombre, por la solución dada a la larga contienda y se afirmarían mutuamente en sus propósitos pacifistas y en su fe democrática y americana (1). Un cronista afirma que oyó de labios de Roca la expresión: "Vale más la amistad internacional que un pedazo de tierra". Roca prometió hacer llegar muy pronto el telégrafo hasta el Estrecho (cabo Dungeness).

La jornada se prolongó con un gran baile en los salones de la Gobernación. Errázuriz se desembarcó temprano, estrenando los arcos triunfales tendidos



Angamos Belgrano O'Higgins Errázuriz Zenteno
Las escuadras en Punta Arenas, vistas desde la **Sarmiento**.
(De mi carnet de guardiamarina)

(1) En esos días precisamente, durante la ausencia de los presidentes, designó la Reina Victoria los tres árbitros que debían resolver el litigio.

Argentina. Austral.



Guardiamarinas chilenos y argentinos a bordo del **O'Higgins**, con un grupo de jefes. Coronel Reybaud, capitanes Muñoz Hurtado y Betheder, general Vergara.

desde el muelle en todo el trayecto y reciamente sacudidos por el mal tiempo; y más tarde fué personalmente al **Belgrano** en busca de Roca para llevarlo al baile.

En este acto sí que participamos los guardiamarinas, y es el que me dejó recuerdo más duradero. La banda de música del **San Martín** hizo buen papel con sus vales y sus polkas, y los 400 concurrentes no dieron paz a las piernas hasta las cuatro de la mañana. Inicióse la fiesta con una histórica cuadrilla en que participaban los presidentes, acompañados de respetables matronas de la localidad, cuyo nombre siento no haber registrado. Como también se me han olvidado a través de treinta y tantos años los nombres de las gentiles puntarenenses que fueron

esa noche mis **partners** hasta mucho después que se hubieron retirado los presidentes.

Dos días más se estuvo la escuadra en Punta Arenas. Al siguiente de la entrevista: banquete de gala en el **O'Higgins**, retribuido el 17 con otro en el **Belgrano**.

Simultáneamente realizábanse uno de marineros en la **Sarmiento** y uno de guardiamarinas en el **Zenteno**. Puedo dar fe de que en este último la fraternización

fué menos protocolar y más efusiva que en los actos presidenciales, sellándose amistades que habían de perdurar a través de los años y de todas las cordilleras. Y hasta recuerdo de un abrazo entre dos guardiamarinas que quedó rubricado en forma bien visible a causa de un merengue que tenía uno de ellos



La escuadra chilena en Valparaíso, vista desde la "**Sarmiento**"
(De mi libretto de croquis)

Argentina. Austral

en la mano y del que se había olvidado en su generosa efusión...

El 17 zarpamos todos de Punta Arenas. Errázuriz iba embarcado en el **Belgrano**, del que recién se trasbordó a alguna distancia, para escoltar aun a sus huéspedes hasta San Gregorio, mitad camino a la boca del Estrecho.

o o o

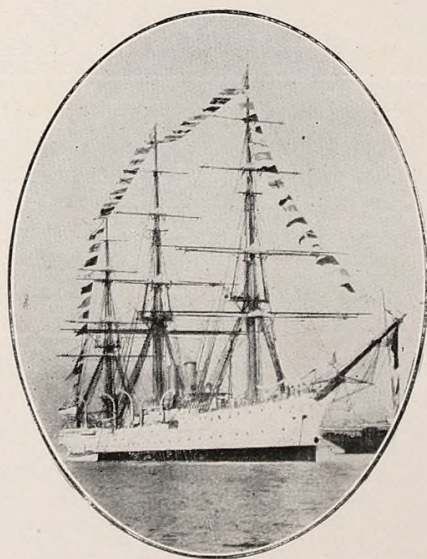
Uno de los resultados más concretos de las jornadas de Punta Arenas fué el agregado de una escala importante al itinerario de la **Sarmiento**. Pues se concertó que el **Zenteno**, con algunos delegados chilenos, iría en visita de cortesía a Buenos Aires, y que la **Sarmiento**, cuya escala siguiente era según itinerario Guayaquil, tocaría en Valparaíso y en el Callao.

Y así fué que algún tiempo después anclaba la **Sarmiento** en la bahía de Valparaíso, donde se pasó una quincena. De lo que fué esa quincena, que los guardiamarinas pasamos mitad en Valparaíso, mitad en Santiago, me ha quedado recuerdo imborrable, pero confuso. Los actos y fiestas — visitas, almuerzos,

lunchs, banquetes, — comenzaban a las ocho de la mañana y se desarrollaban según protocolo hasta la noche, prolongándose más allá fuera de protocolo — tertulias, bailes, **remoliendas** — hasta empalmar con el programa del siguiente día. Los guardiamarinas-alumnos, muchachones todos de 21 años, amplificadas las ilusiones por el aislamiento de una ya regular navegación, fuimos naturalmente el centro del universo.

Y es preciso pensar en lo que significarían para una sociedad culta veinte años de continuada alarma internacional, la angustia inminente, veinte veces, de la guerra con el país hermano, para apreciar el júbilo con que la opinión sensata saludaría al gran gesto de cordura de los gobernantes y a la aparición de la **Sarmiento**, simbólica y alada mensajera de paz.

No faltaron aun uno que otro agitador u opositor político para intentar turbar los agasajos con algún silbido, con algún grito hostil a los "**cuyanos**", a los "**rateros de la Puna**". . . Pero su maldad ¡perdónales señor! se perdió en la inmensidad de las ovaciones y del clamor popular. Dudo que buque alguno en el mundo haya sido objeto de tanto agasajo como lo fué la **Sarmiento** de parte del pueblo chileno en aquella quincena memorable que duró la escala en Valparaíso.



SU SENSATEZ

por ENRIQUE LONCÁN

Especial para "ARGENTINA AUSTRAL"



SI el talento, la sagacidad, la elevación moral y el patriotismo del general Julio A. Roca no fueran las virtudes esenciales de su espíritu y de su corazón, resultaría mezquino exaltar especialmente la sensatez como una de las características de su recia personalidad.

¿Qué es la sensatez? De primera intención es una cualidad mediocre, la noción eminentemente práctica de las cosas y de las personas, el equilibrio de la mente y de la voluntad frente al materialismo de los hechos, la abdicación militante de los ideales más puros y de los sentimientos más tiernos ante el imperio sensual de los intereses creados, la verdad de Sancho, la terrible verdad de Sancho resolviendo todos los problemas de la vida, pro domo sua, con la ecuación prosaica de su credo.

No es por cierto esa aptitud de las almas estrictamente administrativas la que deseo exaltar en el notable presidente argentino cuya figura se agranda al correr de los años hasta darle un sitio de preeminencia en el implícito Panteón Nacional. La sensatez del general Roca, aunque ello parezca paradójico, fué la más fecunda espiritualización de su inteligencia, fué la mejor conquista de sí mismo ante la responsabilidad histórica de su destino, fué una concesión de su propia nobleza al deber ineludible de servir a la República en la forma más eficaz.

De poco le hubiera servido el idealismo al vencedor de Santa Rosa, — su idealismo que fué muy grande, pues soñó siempre con una patria libre, rica, culta, pacífica, fuerte, respetada, progresista y floreciente —, si para realizar tales anhelos no hubiese contado con ese metálico resorte de la reflexiva voluntad sin el cual los más bellos sueños no pueden salir de la región de las quimeras.

o o o

Aun cuando un nexo superior asocia en la dignidad el idealismo del artista y el idealismo del hombre de gobierno, por la naturaleza misma de sus campos de acción deben ser distintos los procedimientos del uno y del otro, su técnica, su instrumental y sus recursos. El artista lleva en su fuero interno toda la materia prima de sus creaciones; él es el dueño de su fantasía y según sea la medida de su talento manipulea con mayor o menor facilidad la lira, la arcilla, el pentágono o los colores de su obra; predestinado de la imaginación su sola imaginación le basta, y si al fin, el éxito no corona sus afanes el reproche de las multitudes sólo compromete a su vanidad sin mortificar su conciencia. El hombre de gobierno no actúa como el artista en el terreno intangible de las abstracciones pues que aunque lo desee su taller no está siempre saturado de paz y de belleza, su material no está compuesto por fibras inertes que esperan el soplo constructor de su espíritu sino por esa complejidad cambiante de los otros hombres que viven, se mueven, luchan, ambicionan y sufren llenos de pasiones e intereses encontrados; el bien público no admite los errores de la imagina-

ción y el gobernante que fracasa no sólo fracasa ante sí mismo sino ante la implacable justicia de sus contemporáneos. Por eso, el idealismo del artista puede y hasta debe prescindir de la sensatez; en cambio el idealismo del hombre de gobierno se convierte en estéril utopía si carece de esa cualidad.

o o o

*El General Roca antes de haber leído la "Teoría de los climas" de Montesquieu conoció a fondo el escenario y los personajes de la República que gobernó dos veces y advirtió a tiempo que esta no era la República de Platón. En razón de su carrera militar y más que todo por un espíritu invencible de sana curiosidad, antes de los cuarenta años conocía palmo a palmo el territorio argentino,— no en balde acompañó a su tío Marcos Paz en sus intervenciones federales, ni vivió hon-
das vigiliás desde el Chaco hasta Mendoza, ni desperdició sus observaciones sobre Salta después de las Salinas de los Pastos Grandes, ni omitió observar las peculiaridades mesopotámicas durante las luchas contra López Jordán —, y si su aguda penetración lo familiarizó con los factores geográficos que lo componen no fué menos nítida en su retina la visión de los elementos sociales y morales que entonces lo integraban. En el ocio de los campamentos, antes y después de la guerra del Paraguay, el General Roca repasaba "El discurso sobre las décadas de Tito Livio" y alternaba otras selectas lecturas con meditaciones acerca de lo que él había visto y oído en esta tierra que le vio nacer. Más de una vez, en vísperas de Yatayti-Corá alguien pudo sorprenderle hojeando "El Príncipe" de Maquiavelo. La Asunción no era Florencia ni Francisco Solano López era César Borgia; pero en todos los tiempos y en todas las latitudes el hombre ha sido el animal que más difícilmente pudo ser gobernado.*

o o o

Al asumir por primera vez el General Roca la más alta investidura de la nación el país había cambiado mucho desde el "Facundo" de Sarmiento. El simple y vigoroso contraste de la anterior Civilización y Barbarie, sin perder su verdad intrínseca habíase atenuado por la obra constructiva educadora y genial de Mitre, del propio Sarmiento y de Avellaneda. La ciudad y la campaña, los centros de cultura y las muchedumbres ignaras, el libro y la montonera, el "remington" y la lanza, el poncho y el frac, en fin, los términos contrapuestos de la gran tragedia que usufructuó Rosas demorando tantos años la organización decorosa de la República, habían perdido su rigor y su violencia merced a la obra de esos tres luminosos estadistas. Pero el potro no estaba domado. Por una fatalidad histórica, con distintos nombres y con enseñas diversas, con universidades y sin universidades siempre gravitaron en nuestro medio social las corrientes antagónicas del orden y del desorden, de la cultura y de la incultura, del progreso y del retroceso. No basta una generación, ni dos, ni siquiera tres generaciones para modificar de raíz la esencia moral y mental de un pueblo cuya formación originaria trajo en sí misma los gérmenes de ambas tendencias incompatibles.

El General Roca llegó a su primera presidencia conociendo admirablemente el medio social que le tocaría gobernar. Y lo dijo "No vengo inconscientemente al poder. Conozco el camino y sus escollos, así como las responsabilidades que contraigo". Hom-

bre del interior, como queda dicho, conocía profundamente a las provincias, sus elementos etnográficos, sus rasgos psicológicos, el alma de sus hombres, el instinto de sus masas, sus virtudes, sus defectos, sus resignaciones y sus esperanzas. Conocía con la misma amplitud, por haber habitado en ella largos años, las características espirituales, materiales y morales de la Capital Federal, tan distintas, tan distantes y a veces tan contradictorias, entonces como hoy con la de los otros centros de la República. Más que todo, no se llamaba a engaño sobre las proporciones reales del analfabetismo a lo largo del país, sobre la miseria material y moral de las clases campesinas, sobre la inaptitud de muchos núcleos sociales para tener conciencia de sus derechos y de sus deberes, sobre la inferioridad del tipo medio argentino, para alcanzar sin reservas el predominio de su autonomía electoral. De ese profundo conocimiento surgió para su espíritu la necesidad de abandonar todo lirismo encontrando el difícil equilibrio de la sensatez; el hombre no iba a gobernar a un país coherente, homogéneo y solidario sino a núcleos aparentemente semejantes pero en realidad heteróclitos, desiguales, con hábitos, con educación, con sensibilidades y con deseos diferentes. El espectáculo de la urbe metropolitana no le hizo olvidar la realidad del interior. Comprendió hondamente su momento. Su vasta cultura, su idealismo ingénito y su amor a la patria pudieron inspirarle un programa gigantesco de ascensión nacional; mas prefirió modestamente encariñarse con estas dos palabras elementales: Paz y Administración.

Todavía no se había formado la nueva argentinidad.

o o o

No obstante la prioridad cronológica de Córdoba en la formación del pensamiento argentino gracias a su Universidad y a sus colegios famosos, la verdadera europeización del país se ha operado por el puerto de Buenos Aires. Junto con los productos de las viejas civilizaciones trasatlánticas inmigraron directamente por la Capital Federal los hombres y las ideas que habrían de marcar en el tiempo los jalones de nuestro progreso colectivo. Lógicamente, la gran aldea fué la primera en convertirse en el foco principal de irradiación democrática. Sus instituciones culturales, sus bibliotecas, sus cuadros docentes, el aflujo de intelectualidades extranjeras, la difusión del libro y de la prensa, en fin, la circunstancia de ser la metrópoli política, comercial y administrativa de la República hicieron de Buenos Aires la matriz absorbente de las grandes fuerzas civilizadoras. Cuando el General Roca asumió las responsabilidades de su gobierno inicial, la ciudad de Buenos Aires era una gran ciudad, y todas las provincias enviaban lo mejor de su juventud en busca de títulos universitarios. La llamada generación del 80 daba sus luces esplendorosas en el campo intelectual, las letras florecían, en el parlamento brillaban las más destacadas figuras que ha producido la nación y en el orden material iniciábase una égida de progreso alucinante. El ensayo de algunas industrias había creado un proletariado fabril cuyas inquietudes insinuaban los problemas sociales del viejo mundo. La inmigración aumentaba día por día, avasalladora, intrépida, fecunda.

En tales condiciones, muchos bellos espíritus, fascinados y encandilados por Buenos Aires creyeron que el país estaba maduro para dar un salto en su evolución política. El espejismo de la metrópoli y la cultura evidente de algunas ciudades de tierra adentro hicieron suponer al noble lirismo de algunos soñadores que había llegado el momento de asumir las fórmulas más puras de la vida democrática. Y Roca, tan optimista en cuanto a la grandeza material de la nación, como excéptico en lo concerniente a la

capacidad integral del pueblo para darse sus soluciones jurídicas y cívicas, frío, sereno, calculador y sensato planteó acaso sin quererlo el dilema que durante medio siglo ha sido el "quid" de la civilización argentina.

El simpático error de muchísimos porteños y de no pocos provincianos que imputaron al general Roca durante sus dos presidencias, la mano fuerte que impidió, detuvo y postergó los desbordes de la demagogia, honró es cierto a quienes lo practicaron de buena fe planeando en la región de los ideales más dignos y respetables; pero, el veredicto auténtico de la historia, la lección vívida y descarnada de los hechos, la realidad brutal e intergiversable de lo que vino después, evidenciaron hasta qué punto tuvo razón quien despreciando los fáciles halagos de la popularidad tuvo la sensatez necesaria para rehuirla si con ello aseguraba para la República horas de orden, de progreso, de cultura y de bienestar. El juicio desapasionado de la posteridad ya se anticipó, grave y rotundo, por el más ilustre de los demócratas argentinos; cuando el General Roca descendió por segunda vez del gobierno, el General Mitre fué a visitarle y le expresó textualmente: "Yo recibí su juramento, vengo a decirle que lo ha cumplido".

Y eso que Mitre no podía olvidar que Roca estuvo en contra suyo en Cepeda y en Pavón. Pero era Mitre.

o o o

Creo firmemente en la decadencia de la oligarquía argentina pues ya ha cumplido su misión; salvo la madurez robusta y fecunda de una que otra individualidad que la honra y ha de honrarla en el tiempo, como organismo social, como fuerza cohesiva de creación, como índice de clase privilegiadamente preparada para el gobierno ha entrado ya en el período de la agonía lenta. Los grandes valores materiales y espirituales del país están en otra parte. La nueva argentinidad ha advenido por obra de las grandes corrientes inmigratorias producidas en la segunda mitad del siglo XIX. Los hijos y los nietos de los inmigrantes laboriosos que en las ciudades y en los campos aportaron la savia fecunda de su entusiasmo, de su ambición y de su esperanza son ya casi los dueños de la República. La propiedad raíz, los títulos universitarios, la dirección de los negocios, la vida del espíritu, las ciencias, las artes, las letras, casi todo está en sus manos. Esa es la verdad de hoy, esa es la fuerte clase media argentina, ama del porvenir. Tal es, incontrovertible e ilevantable el triunfo de las profecías de Alberdi. Ya está. Esa enorme masa humana que tiene un minimum ponderable de cultura, que es físicamente sana y vigorosa, que trabaja, que aspira y que está modelando una sociedad llena de facetas imprevistas e inquietantes constituye un nuevo estado, un nuevo clima, un nuevo ambiente en nuestra evolución política.

El General Roca no alcanzó como gobernante la floración de esta nueva argentinidad y desde que ella no existía mal pudo reconocerle las virtudes que la acreditan para el mejor ejercicio de la democracia. El héroe de Ñaembé gobernó con la oligarquía, se apoyó en ella y se sirvió de ella porque en ese momento constituía lo mejor dentro de la realidad argentina. Los valores intelectuales y materiales, el patrimonio integral de la civilización, las energías fecundas y los afanes activos que hoy están dispersos en esa vasta columna de hombres más o menos desconocidos, herederos de cien sangres y vástagos de cien razas fundidas en el crisol inmigratorio reuníanse entonces en las trescientas familias que a lo largo del país representaban algo así como un patriciado que había sabido mantener de una u otra manera la plenitud de su preeminencia. La actual clase media estaba en gestación y por lo tanto no era dable aplicar las normas aristotélicas de la democracia.

Esas oligarquías provincianas, fundamentalmente conservadoras, estrictamente oficialistas, amigas del orden y del privilegio, predispuestas a la tranquilidad salvo en sus pequeñas querellas de campanario para los gobiernos locales, las diputaciones y las senadurías; esas oligarquías lentas, prudentes, cautelosas, afectas a las gerarquías y a las siestas, con todas sus virtudes y todos sus defectos, con sus limpios antecedentes morales y sus vanos prejuicios de casta, con sus candores y sus malicias, con los grandes hombres salidos de su seno y con los pintorescos usufructuarios de su nepotismo incorregible; esas oligarquías que fueron la raíz y el decoro de la patria, núcleos de selección en los orígenes de la nacionalidad, jalones históricos, humanos, vivientes, irrenunciables de nuestra formación nacional, constituían la parte más noble del país, la más ductil y la más civilizada cuando el General Roca se proponía su simple plan de Paz y Administración. ¿Podía gobernar sin ellas? ¿Podía gobernar contra ellas? Hubiera sido una insensatez.

o o o

El General Roca tuvo siempre la intuición y el horror de la demagogia; prefería la flecha lealmente bárbara de los Namuncurá antes que la presuntuosa postura de los falsos apóstoles que adulaban al pueblo. La historia militar del país le debe servicios inmensos desde que a los quince años abandonara el Colegio de Concepción del Uruguay para servir a Urquiza hasta que bajo la presidencia de Avellaneda afianzó para siempre la conquista del desierto. Sus galones obtenidos palmo a palmo en los campos de batalla, — sin contar las penosas vigiliass de la vida de fronteras y esa permanencia en Río IV más fecunda que brillante y donde aprendió más cosas que en diez años de Oxford —, son otras tantas deudas de gratitud que las nuevas generaciones tienen con su memoria esclarecida. Mas, desde el punto de vista civil su semblanza asume quizá proporciones más sobresalientes cuando se piensa que él encarnó, en medio de todos los errores políticos que puede haber cometido, la valla infranqueable que nunca pudo salvar el desenfreno de la incultura convertida en contraseña de regeneración y de libertad.

El gran secreto de Roca consistió en transmitir al país el espíritu de disciplina; pero no el de la disciplina militar, rígida y mandona, inadaptable psicológicamente a la sociedad argentina de todos los tiempos, sino la disciplina civil que siendo menos violenta es la condición imprescindible del orden, del trabajo y del progreso.

Toda su carrera política es una permanente adhesión a las superioridades del espíritu, un acatamiento incondicional a las gerarquías intelectuales y un respeto militante hacia los derechos del estudio y del talento. En franca contraposición con los demagogos que gozan con desconocer, despreciar y deprimir a los trabajadores del pensamiento, el General Roca los buscaba, los admiraba y los quería. Lejos de temer el contacto con los hombres que le superaban en determinadas especializaciones del conocimiento humano, los atraía, los consultaba y experimentaba la voluptuosidad de sus tertulias. Conocía el tamaño de su propia ilustración y tenía en orgullo su voluntad de acrecerla.

Por eso, en el gobierno trató siempre de rodearse de los hombres más importantes del país; todos sus ministros podrían haber sido presidentes y tanto en su despacho como en su casa las mentalidades descollantes, vinieran de donde vinieran, tenían las puertas abiertas. Los sabios que administrativamente fueran sus subordinados — Holmberg, Loerntz, Doering, Niederlein y Schulz —, eran también sus amigos. Este amor por los superiores fué la mejor prueba de su superioridad y definió más que nada su noción de fondo acerca de la disciplina, de la disciplina civil que él siendo militar pre-

firió a la otra librándose así de ese error tan frecuente en los generales sudamericanos quienes por no hacer el distingo, llegados al gobierno, se convirtieron casi siempre en tiranuelos.

En esta imantada predisposición para obtener en beneficio del interés público el aporte de los más grandes espíritus renunciaba a normas que son frecuentes en la vida común; al doctor Osvaldo Magnasco que no era su amigo, le brindó un Ministerio y al doctor Antonio Bermejo que era su grande y leal adversario lo elevó a la Presidencia de la Suprema Corte. ¡Cuánta diferencia, en este patriótico discernimiento con los gobernantes entregados exclusivamente al amigote, al compinche, al charlatán de comité, al adulón, al pariente y al incondicional, sin más mérito ni más luces que el que corresponde al incondicional, al pariente, al adulón, al charlatán de comité, al compinche y al amigote!

o o o

No es cierto que el General Roca fuera un aristócrata ni que se opusiera a la exaltación de los humildes cuando éstos lo merecieran. Aquel recio varón que nunca recordaba la noble prosapia valenciana que pudo convertirlo en un conde de Pinohermoso, sólo creía en la aristocracia del talento, del honor y de la virtud pues mucho le había costado la trama gloriosa de su propia vida para no ser un cultor ferviente de los méritos personales. Su ironía burlona supo reirse más de una vez de las paparruchas genealógicas y de los pergaminos altisonantes, poco gratos a su hondo espíritu de justicia.

Amaba al pueblo aunque no le sedujeran incondicionalmente los arrestos de los llamados representantes del pueblo; sin llegar a los extremos de Juan Jacobo Rousseau su filosofía acerca de la soberanía popular no era muy favorable a los intermediarios. Creía en el sufragio mientras el sufragio implicara un bien para la colectividad; por eso mismo, hasta en las vísperas de su muerte sostuvo que el sufragio debía fundarse en la selección. No le asustaban las ideas más avanzadas que alentaran en el corazón auténtico de las clases trabajadoras pero repudiaba la declamación, la bambolla, la grosería y el engaño de las multitudes por la explotación de su ignorancia y de sus instintos. Si en la realidad de los hechos puso un dique a los avances de la demagogia turbulenta no lo hizo sino para evitar al país horas de retroceso y de indecoro. Entendió la democracia en la medida adecuada a las posibilidades de su tiempo y si a veces se extralimitó en el rigor de la espuela fué para que el país no perdiera el equilibrio. Puso todo su carácter, su astucia y su poder para impedir que la nación sucumbiera a la vorágine que después de su muerte hubo de precipitarla en el abismo. No todos aplaudieron entonces las maniobras del piloto que supo librarnos del temporal; pero la nave se salvó. Entretanto, bajo su gobierno por primera vez en la historia, un diputado socialista llevó la palabra del proletariado al recinto del parlamento.

o o o

La renta pública que al afrontar la primera presidencia alcanzara a la cifra anual de \$ 19.594.306 se elevó seis años después a \$ 86.112.409 y el aporte inmigratorio que en 1880 fuera de 41.051 personas, llegó en 1886 a 112.409. Los guarismos de la segunda administración son aun más impresionantes y revelan con mayor elocuencia todo lo que el país debe al tacto, a la habilidad, a la prudencia, al orden y al genio del General Julio A. Roca.

¿Eso es todo? No; eso no es todo pero es mucho. Ese fantástico acrecentamiento de las rentas fiscales importa la supertransformación económica del país que no pudo operarse sin que la acción del gobierno inspirara enorme confianza en el interior y en el exterior, sin que todas las expresiones del trabajo nacional se multiplicaran en un frenético afán de progreso, sin que los capitales extranjeros seguros del honor argentino y de su responsabilidad integral afluyeran vertiginosos para asegurar nuestra futura grandeza, sin que nuevas escuelas, nuevos puertos, nuevos ferrocarriles, nuevos centros culturales y nuevas empresas públicas y privadas dieran la sensación de una gran República en marcha. En cuanto a las estadísticas de la inmigración ¿pudo realizarse una obra más benéfica, más imprescindible, más fecunda y más patriótica? ¿hubiérase producido ese aporte maravilloso de sangres nuevas, de ilusiones sanas y de esperanzas magníficas, brazos y cerebros venidos de todas las latitudes del orbe, si la República Argentina no hubiese sido gobernada en el orden, en el bien, en la justicia y en la libertad? Suprimamos con la imaginación esos dos fenómenos incontrovertibles de nuestra historia y pensemos en lo que sería nuestro país sin el impulso de aquel estadista laborioso, sereno e infatigable, soñador activo que sin grandes frases, sin declamaciones proféticas, sin apotegmas sonoros y sin actitudes teatrales, friamente, calladamente, sobriamente, gobernó con dignidad y civilizó con fe para la mayor honra del país y para la mejor felicidad de sus habitantes.

o o o

¿Se concibe a un orador, con su hermosa alocución bien preparada, frente a un auditorio propicio, todo listo para el aplauso y para la gloria, renunciando así porque sí, en una retirada violenta, a los halagos de la gloria y del aplauso? ¿Se concibe al hombre de ciencia que en la soledad de su laboratorio sompe a sabiendas el penúltimo tubo de ensayo donde su genio engendrara el gran descubrimiento revelador? ¿Se concibe a cualquier profesional, seguro de sus fuerzas y de sus méritos declinando de golpe a la rara "chance" de superarse a sí mismo y de obtener los laureles supremos de su carrera?

Evidentemente, no. Entretanto, el General Roca, militar de raza, militar de temperamento, hecho desde la niñez al ritmo y a la disciplina de las luchas armadas, hijo de militar, alma de militar, carne de militar, templado hasta la médula en ese fervor inexcusable de los que desde la infancia soñaron con la estrella de Alejandro y de Napoleón, jefe supremo de una República donde los triunfadores en la guerra fueron siempre los más admirados, árbitro de la situación, fiel de la balanza, dueño implícito de todas las voluntades, cuando los conflictos con Chile promovieron la disyuntiva anhelosa del horror y de la paz, él, comandante en jefe de todas las tropas de mar y tierra, él que hubiese tenido la oportunidad de revelar la plenitud de sus especializaciones técnicas, él que tuvo entonces en su mano la "chance" heroica que no se repite dos veces, tranquilo, reflexivo, patriota, americano, dejó que su gloriosa espada permaneciera quieta en su panoplia y con ello prestó uno de los más grandes servicios a su patria, a la América y a la humanidad.

¡Ah, su sensatez! ¿Qué hubiera ocurrido entonces sin ella, sin esa cordura esencial, sin ese dominio de las tentaciones, sin ese augusto freno de las pasiones y de los intereses, en nombre del bien, en nombre de la paz y en nombre de la fraternidad humana?

o o o

*A*ntes de Roca, la integridad territorial de la República sólo se conocía en los mapas ya que salvo los núcleos habitados de la capital y de las provincias, el resto, la

inmensa región de las gobernaciones tropicales y patagónicas, permanecía poco menos que extraña a la preocupación nacional. Si aun hoy, en pleno 1934, son pocos los argentinos que se acuerdan de esas zonas integrantes de la nacionalidad donde enormes riquezas materiales y morales atesoran quizá lo más valioso de nuestro patrimonio colectivo, fácil es advertir la indiferencia con que hace medio siglo esas tierras manteníanse en el olvido de las gentes.

Los nombres de Conrado Villegas, de Rufino Ortega y de Francisco C. Moreno, nobles intérpretes y ejecutores de la influencia del General Roca en esa política de expansión espiritual, de reivindicación material y de consolidación moral, dicen poco quizá a las generaciones actuales sobre esa reconquista práctica de los grandes desiertos argentinos; pero, cuando en las cartas geográficas se advierte la magnitud insospechada de nuestra soberanía, aun así sea en la cálida modorra de un escritorio, quien no se confiese ignorante debe asociar su orgullo a la memoria de aquel ilustre mandatario cuyos ojos miraban siempre lejos, cada vez más lejos, en el espacio y en el tiempo, para la mayor grandeza de la patria.

o o o

Encomiemos la luminosa sensatez del General Roca como una de las características más destacadas de su perfil histórico. Esa cualidad que el ilustre tucumano supo mantener hasta el último momento no tiene el brillo fascinante de otras cualidades que hacen la bulliciosa popularidad facilitando el andamiaje de las estatuas; más, cuando el observador desapasionado, desprovisto de prejuicios, en la quieta penumbra de su gabinete, estudia y analiza los sucesos, en frío, despojándolos del noble enardecimiento de las pasiones que los rodearon, reconoce que esa luminosa sensatez, esa mezcla armoniosa de tino y de prudencia, de previsión y de cordura, esa adaptación práctica de los bellos propósitos a la posibilidad inmediata de realizarlos, esa ciencia difícil de las personas que consiste en conocerlas e interpretarlas, ese necesario arte para elegir la ruta cuando todas las rutas están llenas de dificultades, esa convicción inteligente de que el bien y el mal no son afirmaciones absolutas, en fin ese cauto dominio y ese hondo conocimiento del corazón humano constituyen el valor más positivo, más raro y más admirable del verdadero hombre de gobierno.

Y ahora, para concluir, cabe preguntar ¿este hombre tan práctico y eficaz tenía cerrado el corazón a las sollicitaciones del lirismo y de la ternura? No; su vida privada lo demuestra. No; el noble discurso que pronunciara ante el cadáver del poeta Olegario V. Andrade revela ese pliegue inviolado de su intimidad a que aludiera Eduardo Wilde en su retrato famoso. Y nada lo pinta tan explícito en el tesoro de esa intimidad como estas palabras en la tumba recién abierta de su viejo y fiel amigo el coronel Artemio Gramajo: "Los hombres, las generaciones, se van unas tras otras, como las olas del mar, sin que el fondo de la humanidad cambie, como no cambian el fondo y el volumen de las aguas. En esta mansión que hace siempre pensar en lo efímero de la vida y ante los restos del coronel Gramajo, siento el consuelo personal de las lágrimas con que puedo regar aun la tierra en que va a descansar para siempre, este noble y querido amigo".

Lágrimas; lágrimas de hombre, lágrimas de soldado, tributo doliente de su congoja "illud amicitiae sanctum ac venerabile nomen"; no las prodigó en su vida porque no había tenido juventud — cuando se llega a General a los 31 años no se ha tenido juventud —, pero si alguna vez fué necesario que cayeran, cayeron como gruesas gotas de amor, varoniles, ardientes, puras.

Bajo aquella coraza de hierro, estaba muy cerca el diamante.

Octubre de 1934.

Cuando nos resolvemos...?



Cuando nos resolvemos
a poner a la venta
un artículo con la

Marca “Enosis”

Es porque su calidad ha
respondido ampliamente
a los rigurosos análisis a
que lo hemos sometido.

De manera que

Puede Vd. adquirirlo con absoluta confianza

no lo encontrará mejor



LA ANONIMA

PARA CALIDAD
= Y PRECIO =

LA ANONIMA

Un episodio de hace 33 años

por el general Pablo Riccheri

EN los últimos meses del año 1901, nuestro largo pleito de límites con Chile venía agravándose cada vez más, hasta llegar en los primeros días de diciembre a un estado tan peligroso que la opinión empezaba a afirmar su convicción de que ya no era posible resolver el conflicto por otro medio que en los campos de batalla.

En el Ejército, naturalmente, se había arraigado más que en otra parte esa convicción, por estar al pormenor de las causas que hacían sumamente grave el momento. Y, como consecuencia, el ministro de Guerra, obedeciendo a la natural previsión que el caso requería, preparó un decreto de movilización de las clases de la reserva que debían formar los ejércitos de operaciones.

Ese decreto fué presentado por el ministro, coronel Riccheri, al presidente de la República, general Roca, desde los primeros días de diciembre; pero el presidente, con marcada firmeza, se negó a firmarlo, manifestando que esa medida extrema no llegaría a imponerse, porque no habría guerra. Los días siguientes, nuevas solicitudes del ministro tenían el mismo resultado, afirmando siempre el presidente, con decisión, que no habría guerra.

La situación del ministro ante esa decisión, y, por otra parte, la solicitud de generales y altos jefes, que esperaban ansiosos la firma del decreto, se hacía por momentos embarazosa, y, por decirlo así, hasta incómoda. Pero, entretanto, la marea subía y subía, y el 13 de diciembre la situación se encontraba de tal modo agravada que el Congreso, reunido en sesión extraordinaria y secreta, sancionó una ley autorizando al Poder Ejecutivo a emplear todos los recursos necesarios, y entre ellos el fondo de conversión a oro que existía en el Banco de la Nación, a fin de poner al país en estado de movilización, para una situación de guerra. Fué lo que dió lugar a que el

ministro aprovechara el momento para solicitar nuevamente del presidente la firma del decreto de movilización, dando esto como consecuencia ocasión a la anécdota que más adelante se relata y que evidencia, aun cumpliendo con previsión sus patrióticos deberes, el firme pacifismo de los tenientes generales Mitre y Roca, en el más grave momento de nuestro conflicto con Chile.



Teniente General
Pablo Riccheri

Ante la argumentación del ministro, que después de la ley que acababa de sancionar el Congreso ya no tendría reparo en firmar el mencionado decreto de movilización, el presidente le manifestó que así era, en efecto; pero que, tratándose de un acto tan trascendental en ese momento, que no solamente iba a alarmar al país, sino a la misma Europa, tan vinculada a nosotros, no lo firmaría sin consultar previamente al general Mitre. A eso le contestó el ministro que si lo autorizaba podía ir él mismo a consultarlo en su nombre. Ante la contestación afirmativa del presidente, el ministro se trasladó inmediatamente a la casa del venerable patricio.

El General Mitre recibió en el acto al ministro, quien le comunicó la misión de que le había encargado el presidente de la República, exponiéndole detalladamente los motivos en que se fundaba el decreto preparado. Ellos fueron aprobados por el general, manifestándose muy conforme en que se diera sin retardo el decreto. Pero, al retirarse el ministro, que tenía entonces el grado de coronel, acompañándolo gentilmente hasta la puerta de calle, poniéndole amigablemente la mano sobre el hombro, le dijo sonriendo estas textuales palabras: "Muy bien, ministro; por las razones convenidas, le reitero que es oportuno y será eficaz ese decreto, pero desde ya le manifiesto que no será nunca en una guerra contra Chile en donde ganará Vd. los entorchados de general."

De regreso a la Casa de Gobierno pasé al despa-

cho del presidente, quien, solo, se paseaba, y por cierto preocupado por los acontecimientos de tanta trascendencia que se desarrollaban. Al verme entrar, me pregunta: —¿Cómo le ha ido? —Muy bien, señor presidente; el general Mitre encuentra fundados los argumentos que en su nombre le he expuesto, para justificar el decreto, y aprueba que se dé inmediatamente; pero, al retirarme me puso la mano sobre el hombro, y le repetí la frase que me había dirigido, indicada más arriba. El presidente, sonriendo a su vez, me contestó: "Y yo pienso lo mismo que el general Mitre".

Y los dos grandes presidentes argentinos tuvieron la noble satisfacción de ver, para bien de la patria y de nuestra querida hermana del Pacífico, su profecía cumplida. Es cierto que después de la firma del decreto de movilización los acontecimientos fueron agravándose todavía más, hasta llegar a la ruptura de relaciones y a ordenarse a nuestro ministro de pedir pasaportes y retirarse; pero esta situación peligrósima, que nos puso al borde de la guerra, duró apenas dos días, el 24 y 25 de diciembre



El general Riccheri en la época en que era Ministro de Guerra del general Roca ea una visita que ambos efectuaron a Campo de Mayo.

de 1901, en cuya tarde el Gobierno de la Moneda telegrafiaba a su ministro en Buenos Aires que comunicara al Gobierno argentino, su pedido de reanudar negociaciones, la que el eminente y simpático ministro doctor Concha Subercaseaux — pacifista sincero a la vez — cumplía en el acto, presentándose en el Palacio de Gobierno el 25 de diciembre (día feriado), alrededor de las 3 de la tarde, para comunicar al doctor Amancio Alcorta, ministro de Relaciones Exteriores en ese momento, la resolución de su Gobierno.

Desde ese momento se iniciaron las nuevas negociaciones, erizadas de dificultades, pero llevadas a cabo con firme voluntad por ambas partes de llegar a un acuerdo

definitivo y de gran amplitud, obteniéndolo mediante los célebres pactos de mayo, firmados pocos meses después, estableciendo la equivalencia naval entre las Escuadras de las dos Naciones hermanas; pacto que para honra de las dos Naciones, habría de servir de ejemplo al tratado similar firmado 20 años después por las más grandes potencias navales del mundo.

TENIENTE GENERAL SEÑOR DON PABLO RICCHERI

Justicia. Respeto. Gratitud.
Un argentino.

*Héroe sin sangre, militar de seda,
La Paz fué el Norte de su fértil vida,
Llevó en su inteligencia la encendida
Luz que en la noche tormentosa rueda.*

*De su abnegado patriotismo queda
Hoja brillante en el honor prendida.
Llega a su alma la misión cumplida
Como la brisa que al laurel se enreda.*

*Krupp (1) le regala, en prestigiosa fiesta,
De acero un lápiz que cañón simula.*

*Su nombre a nuestro ejército vincula
Con la ley que tiene la "cartilla" impuesta.*

*Subió con Roca la difícil cuesta,
Y hoy vuelve con la Historia, que estimula.*

Antonio Alejandro Venini.

Octubre 17/1934.

(1) Ha de sernos grato a los argentinos poder referir este episodio del militar y ciudadano que acaba de ser consagrado figura consular, por la magnitud de sus actos básicos de Estado, y sencillez de su persona individual.

En ocasión de su regreso al país para hacerse cargo del Ministerio de Guerra, el señor Coronel Riccheri, que se hallaba en Alemania presidiendo la Comisión de armamentos, fué objeto de un caracterizado banquete de despedida. Al ofrecer la demostración el señor Krupp, dueño de la famosa fábrica que hiciera célebre su nombre en ambos continentes, desprende de la elegante cadena de su reloj un modesto lápiz de acero simulando un cañón, llevado exquisitamente a la fiesta, y, al presentárselo al obsequiado, dice a los concurrentes: "Este lápiz, es lo único que la fábrica "Krupp", se permite ofrecer al militar argentino, Coronel Riccheri".

La anécdota se conoció en su patria, por haberla referido el ex-presidente, doctor José Evaristo Uriburu, asistente también a la fiesta. Por eso, el doctor Udaondo, ex-gobernador de la Provincia de Buenos Aires, se la recuerda al mismo general Riccheri, después de su Ministerio.

Nota del autor.





Junto a la carpa del jefe del Ejército Expedicionario en 1879, aparecen, de izquierda a derecha, el coronel Lorenzo Winter, el coronel Teodoro García, el general Julio A. Roca y el coronel Conrado E. Villegas.

ROCA Y LA CAMPAÑA DEL DESIERTO

por AUGUSTO MARCÓ DEL PONT



UNA mañana del mes de abril de 1850, caminaba dirigiéndose al centro de una ciudad del Norte Argentino, una señora de porte distinguido, semblante sereno y ojos soñadores. Acompañábala un niño de siete años, rubio, curioso en el mirar, travieso en todo su aspecto.

La pareja introdujose en el Convento de San Francisco, y fué a detenerse cerca de un confesionario. Al ver la dama que la casilla en que los religiosos reciben las confidencias de las feligresas, estaba vacía, preguntó a una mujer si sabía por qué el padre tal, no estaba en el confesionario.

La mujer la informó de que su confesor no se encontraba en el convento.

Nuestra dama llamó al niño y le indicó que fuese a la sacristía y hablase a otro fraile, dándole el nom-

bre, y le dijese: "Que si podría venir a reconciliarla". El niño cumplió militarmente la orden. El franciscano, Padre Argarañaz, que era afable y chistoso, al oír sonriente el mensaje que le llevaba el rubio picaruelo, contestóle acariciándolo: "Dile, hijito, a tu madre, que el que la haya puesto en jabón, que ése la enjuague."

Aquella ciudad tropical era Tucumán, la ciudad de los tucu-tucus, es decir, de las luciérnagas. La señora se llamaba Agustina Paz de Roca y el adolescente mensajero: Julio Argentino Roca.

Quién hubiera sospechado el brillante porvenir de este infante que acompañaba a la madre al templo? Si hubiese sido un hijo de Troya, se lo habría predicho Casandra y si hubiera nacido en la Roma pagana, el astrólogo infaltable en todo natalicio, en familia patricia,

Argentina Austral

indudablemente que en su horóscopo no hubiese trepidado en decir que estaba destinado a ganar batallas y a conducir pueblos.

El ganó muchas batallas para contribuir con sus triunfos al afianzamiento de nuestras instituciones políticas, y gobernó esta nación con el mismo tacto con que Augusto dirigió los destinos de Roma.

La página más gloriosa de su vida militar es la campaña contra los indios.

en el arte de guerrear. Y tal vez leía también a Macchiavello, en lo que pensó éste sobre la organización de los ejércitos.

Antes que Roca, muchos habían pasado por la Pampa, el Río Negro y San Rafael. Pero todas las expediciones y todas las misiones fueron estériles, cuando no contraproducentes, en sus resultados.

El Padre Mascardi, que viene de Chile por el Neuquén y va a fundar un pueblo en Nahuel-Huapí, termina sus días asesinado por los indios y de su pueblo no quedan ni taperas.

De la expedición que pasó en el siglo XVI por



El Ejército Expedicionario: 1, coronel Manuel J. Campos; 2, teniente coronel Artemio Gramajo; 3, capitán Luis Fábregas; 4, teniente coronel Manuel Olazcoaga; 5, teniente coronel Palemon González; 6, coronel Lorenzo Winter; 7, coronel Nicolás Levalle; 8, capitán Julio Morosini; 9, coronel Teodoro García; 10, teniente coronel Eduardo Pico; 11, teniente coronel Francisco Leyria; 12, teniente coronel Rufino Ortega; 13, mayor Diego Lucero; 14, coronel Conrado E. Villegas; 15, teniente coronel Ignacio Fotheringham; 16, teniente coronel Manuel Fernández Oro; 17, general Julio A. Roca; 18, mayor Victoriano Rodríguez; 19, coronel Eduardo Racedo; 20, mayor Manuel Ruibal; 21, coronel Napoleón Uriburu; 22, teniente coronel Erasmo Obligado; 23, teniente coronel Martín Guerrico; 24, capitán Ramón Falcón; 25, cadete naval Miguel Lascano; 26, teniente Atilio Barilari; 27, cadete naval Leopoldo Funes; 28, cadete naval Hipólito Oliva. Exploradores científicos: parte de zoología, doctor P. G. Lorentz; parte de botánica, doctores Adolfo Doering, Gustavo Viederle y Federico Schulz; cura provisor y Vicario General del Arzobispado, doctor Espinosa

No fué, como Alejandro Magno, al oriente, a cortar de un tajo el nudo gordiano.

No fué, como César, a conquistar las Galias y a sorprender a los druidas en sus misterios sagrados.

No va, como Aníbal, a cumplir el juramento hecho a su padre Amílcar, de combatir a Roma.

Ni lo preocupan las ambiciones ni los sueños de tantos otros militares que traspasaron los linderos de su patria para ir a perturbar la tranquilidad de los pueblos vecinos.

Si no tuvo sed de imperialismo, no dejaba por eso de leer a César y a Napoleón para uniformar sus ideas con los Comentarios de aquellos dos grandes maestros

San Rafael, venida de Chile y mandada por Villagra y Rivero, no se tuvo más noticia.

Pedro Andrés de Alcázar, atraviesa más tarde la Sierra Nevada (Los Andes) y funda reducciones de indios mansos, en Malalhue y Río Grande (San Rafael). Como los anteriores, esos bosquejos de pueblos fueron borrados del mapa de América.

En 1803 sale de Buenos Aires el Capitán del Rey Don Santiago del Cerro y Zamudio y llega a Chile atravesando un nuevo paso de la Cordillera. Este explorador regresó de Chile a Buenos Aires en 1804 y luego emprendió otro viaje acompañado del geógrafo francés José Sourrieres de Sovillac.

Argentina Austral

EL EJÉRCITO EXPEDICIONARIO



Aparecen aquí reunidos, junto con el general Julio A. Roca, los militares y marinos que prestigiaron sus nombres participando en la gloriosa campaña del desierto.

Argentina Austral

Don Luis de la Cruz (chileno) encabeza otra expedición más larga, la que, atravesando la Cordillera más al Sud que las anteriores, se dirige al N. E. hasta llegar a Córdoba y finalmente a Buenos Aires. Luego regresa a Chile. El fruto de estas expediciones puede considerarse que fué más científico que colonizador y conquistador.

A fines del siglo XVIII los habitantes de Mendoza vivían en continuos sobresaltos por los repetidos ataques que los indios huiliches llevaban hasta las cercanías de la Ciudad. Las expediciones militares que con este motivo realizó Don José Francisco Amigorena, saliendo de Mendoza y llegando hasta Nahuel-Huapí, contribuyeron a infundir respeto a los indios; pero dejaron en ellos el deseo de la revancha.

A medida que los indios se civilizan, aprendiendo

pasando por San Rafael y San Carlos. El Coronel Félix Aldao (el fraile) se pone al frente de una división, les sale al encuentro, los persigue y los bate en las Aucas, derrotándolos completamente.

En 1829, y no obstante **los tratados**, vuelve la indiada a invadir el sud mendocino, encabezada ya por el foragido Pablo Pincheira.

Mendoza no es esclavizada esta vez, porque pide la paz de rodillas y entrega todo lo que exigen los invasores.

En 1830, después de la batalla de Oncativo, al aproximarse a Mendoza el Coronel Videla Castillo, todo el Gobierno con Juan Corvalán a la cabeza, escapan — sin que le amenazara peligro alguno — al Sud de San Rafael, buscando auxilio entre las hordas de los salvajes. ¡Hasta dónde había llegado el poder de los indígenas! Allí, en Chacay, encontraron la muerte, casi



El cruce del Río Colorado por el ejército en su campaña del desierto

a cabalgar y a manejar las armas, adquieren más coraje, y lejos de quedar inermes en sus tolderías, traen sus malones a las poblaciones indefensas que vegetan en el Sud del país.

Más tarde, en 1805, se funda San Rafael, en la entonces confluencia de los ríos Atuel y Diamante. Los caciques **firman con signos de patas de animales**, el acta de fundación. Pero no transcurrirán muchos años (ya en el siglo XIX) sin que el débil fuerte sea atado por esos indios, felones y rateros.

Qué bien hizo el sagaz General San Martín en utilizarlos para engañar al enemigo. En 1828, cuando parecía definitivamente tranquila la campaña mendocina, se produce una nueva y poderosa invasión. Los indios llegan hasta las cercanías de la Ciudad de Mendoza,

todos los refugiados.

Por el lado del Este, algunos jefes valerosos, como el Coronel Rauch y otros, daban de tarde en tarde algunas lecciones a las atrevidas tribus, cuya soberbia crecía diariamente, encabezadas por sus célebres caudillos o caciques.

Hemos llegado a 1833, año en que se efectúa la campaña contra los salvajes proyectada por Rosas.

Esta campaña, que no carecía de plan y de elementos militares, para destruir a los indios, falló desde el principio. El General Facundo Quiroga, nombrado por Rosas, para halagarlo, Director de la Campaña, renunció a tomar parte en ella, desde que supo por una carta que le escribió un compadre suyo — carta que leyó el autor de este trabajo en el Archivo Histórico de Mendoza — desde Río IV, en la que le avisaba

que los indios tenían conocimiento de la próxima campaña y que se preparaban al Sud de San Luis a resistir al Ejército.

La División del centro que debió mandar Quiroga y que fué confiada a Ruiz Huidobro, quien ganó una batalla a lo Pirro, dió media vuelta desde las lagunas llamadas Las Acollaradas. El **General** fraile Aldao mandó la División de la derecha, la que después de costear la pre-Cordillera hasta Malalhue dobló a la izquierda hasta el Río Chadi-Leuvu, y luego regresó a Mendoza estropeada y disminuída. "El **ilustre Restaurador** de las Leyes" se reservó la parte menos peligrosa, como tuvo por costumbre en todos los sucesos de su vida. Establecióse en Bahía Blanca, de donde destacó al General Pacheco, quien llegó hasta el Río Limay, y al Coronel Ramos, el que, recostándose al N. O., fué a detenerse cerca de Malal-hue.

Después de esta campaña costosa y estéril, los indios se sintieron más retemplados para la lucha, y los malones se sucedían unos tras otros. Los caciques se enriquecían con los robos. Los adueros aumentaban sus rebaños, mientras las estancias de Buenos Aires y Mendoza se despoblaban. La Pampa seguía siendo un mundo misterioso y terrorífico. En las tolдерías se asilaban todos los delincuentes que escapaban de la mano de la justicia, como se mantenían esclavizados a los cautivos que los indios tomaban en sus malones.

Nuestro gran vate Echeverría ha pintado magistralmente esta época en su conocido poema "La Cautiva", así como el sabio Holmberg lo hizo más tarde en otro poema en verso asonantado que intituló "Lin-Calel" (Carne Viva), o carne blanca, como traducen otros.

En 1865 llegó a San Rafael el Regimiento 1º de Caballería, al mando del Comandante Segovia y Mayor Catalán. Desde esta fecha feliz para aquel pueblo laborioso, puede decirse que los indios no pasarán al Norte del Río Diamante.

Trescientos años habían transcurrido desde que cruzó por tierras de San Rafael la primera expedición venida de Chile y las avanzadas de los pueblos civilizados, bien poco **habían avanzado!**

Si algunos pueblos se mantenían en pie, era debido a los **tratados** que firmaban nuestros gobernantes con aquellos analfabetos, por medio de los cuales los indios exigían sumas de dinero y los gobiernos las entregaban

sumisamente. Es decir que moralmente se había retrocedido, al descender los Gobiernos para tratar con los salvajes de potencia a potencia.

Muchos otros planes descabellados de defensa, como la famosa Zanja mandada a construir por el Ministro Alsina, se habían ideado con resultados siempre contraproducentes.

Parecería que este retroceso sufrido frente a la barbarie tuviese su causa en la falta de elementos y en la ausencia de valor. Pero no era así. No era ésta la causa. Los elementos bélicos no faltaban y el valor sobraba a nuestros jefes y soldados. Lo que se necesitaba era una cabeza fuerte y un corazón templado que proyectase un plan de campaña, rápido, estratégico y definitivo. Y ese hombre apareció, al fin, en la persona de Julio Argentino Roca, el General más joven de la República, aquel que cuando niño llevaba la alfombra de su madre a la iglesia y que estaba predestinado a ganar sus galones sirviendo a su patria en los campos de batalla, y no adulando a los gobernantes desde las antecámaras de los Ministerios!

Después de 1874 prepara su plan allá en Río IV. Consulta con Julio César y Napoleón. Cuando llega al Ministerio de la Guerra, manda a fundar el fuerte San Martín al Sud de San Rafael, para más claridad, en las costas del Río Salado. Allí pone a Ortega. En San Rafael está Napoleón Uriburu. En 1878 todos los jefes de fuerzas expedicionan al Sud, haciendo reconocimientos, y dando severas lecciones a las ensoberbecidas chusmas. En 1879, bien madurado el plan y bien adiestradas nuestras unidades, marchan en busca de esos tigres. Allá van nuestros bravos soldados a las órdenes del Ministro General en Jefe de la Campaña, como asimismo a las de Levalle, Lagos, Godoy, Uriburu, Racedo, Villegas y tantos otros que se cubrieron de gloria en esta empresa militar que sometió sin esclavizar a esos eternos e implacables enemigos que habían sido, durante trescientos años, la rémora de nuestro progreso. La campaña finalizó a los tres meses. Los indios fueron como se dice militarmente, **estrangulados** en la red estratégica que se les tendió.

La línea militar extendióse hasta el Río Negro; pero las puertas de la Patagonia quedaron abiertas a la civilización y al progreso del País!

Buenos Aires, octubre de 1934.



LA PERSONALIDAD DEL GENERAL JULIO A. ROCA VISTA POR LOS PATAGONICOS ⁽¹⁾

POR

CARLOS BORGIALLI

PARA aportar mi colaboración en este número con que ARGENTINA AUSTRAL rinde homenaje al más querido mandatario que tuvieron nuestros valientes pastores, aquellos de las "primeras majadas", se me ocurrió servirme de una carta inédita y dos retratos dedicados de su puño y letra a dos hombres de las tierras del sur.

Me dirán los lectores:

Las fotografías que Roca ha regalado, se podrán contar por millares.

Y seguramente seguirán cavilando.

Un hombre de esta talla, cuántos compromisos en este sentido no habrá tenido, durante sus dos presidencias, en muchos casos sin conocer tan siquiera a los favorecidos.

No señores; otra cosa es cuando el obsequio resulta espontáneo.

En estos dos hechos patagónicos yo puedo asegurar que es así.

La primera fotografía que ustedes ven en primer capítulo fué dedicada a un cacique de mucha fama por allá; y el firmante de este trabajo, en una de sus tantas recorridas por la Patagonia, la descubrió en un humilde rancho plantado al pie de las cordilleras.

Entro pues en materia evocando al general Julio

A. Roca con este episodio en el cual se verá cómo hasta entre los viejos paisanos que nos quedan, su nombre es objeto de respeto y veneración, rindiéndole homenaje al histórico cuadro — pues guardan la foto de Roca en un regio marco — sólo en los días que festejan con más solemnidad.



Fotografía dedicada de puño y letra por el general Roca, al cacique Miguel Nancuche Nahuelquir

COLONIA INDIGENA DE CUSHAMEN

Tiene su asiento en la pre-cordillera, territorio del Chubut, en sus límites con los del Río Negro, a 130 leguas de la costa del Atlántico.

Su tundador fué el bravo cacique Miguel Nancuche Nahuelquir — bramido de tigre — fallecido en Cushamen, el 9 de abril de 1922.

Este indio guerrero, siendo muy joven, ingresó en el ejército del sur alcanzando al grado asimilado de "capitán de baquianos".

Terminada la campaña del desierto, Nahuelquir pidió su baja con la intención de trasladarse a la Patagonia para reunir a su tribu dispersa a raíz del avance de las tropas,

reuniéndola en el paraje que después llamó Cushamen.

Más adelante Nahuelquir decide efectuar un viaje a Buenos Aires, a fin de hacer gestiones personales ante Roca, a quien conoció y trató estando bajo las armas.

Sabido por el general que los propósitos de su venida era para solicitarle la propiedad de las tierras que ocupaban, impartió inmediatamente órdenes para que éste fuese considerado como huésped del Estado.

Nahuelquir permaneció en la capital durante dos

(1) Para este relato me he servido especialmente de "La Nación" y del "Drafor", periódico de la colonia Galesa, el decano de los rotativos de la Patagonia, el cual, a raíz de la visita de Roca al Chubut, escribió una interesante y detallada reseña, digna de recordación.

meses en cuyo tiempo pudo obtener que el gobierno diese un decreto por el cual se concedían 50 leguas de campo para la tribu de Cushamen.

Prueba de la simpatía que Roca tenía a Nahuelquir, queda bien revelada por el hecho que en tres oportunidades lo invitó a almorzar en su casa particular.

Llegado el momento de la despedida el primer mandatario mandó entregar al cacique algunas banderas argentinas recomendándole las hiciese flamear sobre los toldos para que toda su tribu viera qué lindos colores tenía y aprendiesen así a respetarla y a defenderla en caso de necesidad.

Nahuelquir agradeció el regalo prometiendo que el emblema nacional no solamente se izaría conforme a lo ordenado, sino que se prendería en los colihues — cañas con que los indios hacían sus terribles lanzas guerreras — que se ostentaban en los "camaricum" — fiesta religiosa india ya relatada en ARGENTINA AUSTRAL — como en fiero desafío a los huincas — cristianos.

Se cuenta que el general abrazó emocionado al cacique Nahuelquir, por tan patrióticas manifestaciones, regalándole espontáneamente su retrato que ustedes han visto dedicada de su puño y letra en estos términos: "Al cacique M. Nancuche Nahuelquir. Su amigo Julio A. Roca".

Reliquia, repito, que con mi afán incansable de desentrañar nuestras cosas del pasado, descubrí asombrado en una tapera patagónica, al pie de las montañas, a 130 leguas de la costa del Atlántico.

PRIMERA VISITA PRESIDENCIAL AL CHUBUT

Prosigamos ahora relatando en qué ocasión el general Roca dedicó el segundo retrato que se ve publicado en la hoja que sigue.

Todos los patagónicos recuerdan que, en su segunda presidencia, realizó el histórico viaje a Punta Arenas y que de paso quiso conocer el territorio del Chubut y Santa Cruz, para lo cual la escuadra hizo escala en Madryn, Puerto Santa Cruz y Río Gallegos.

Y también todos saben cómo Roca estudió los problemas sobre el propio terreno, resolviéndolos inmediatamente con su alta inteligencia de estadista, infundiéndole así alientos y nuevas esperanzas al puñado de pioneers que lo agasajaron.

Pues bien: inmediatamente de regresar a la capital obsequió su fotografía, dedicada también de su puño y letra, a su amigo J. M. Thomas, que fuera el presidente de la comisión organizadora de los festejos en el Chubut.

Este caballero, después de luchar toda su vida en la Patagonia, reveses de fortuna lo empobrecieron. Antes de rendir su tributo a la muerte llamó a sus hijos para decirles:

"Todo lo que me queda después de luchar tantos años en estas tierras, es esto que tengo en mi mano (era la foto de

Roca) que he querido más que todo el oro del mundo. Prométanme que la conservarán como una reliquia."

Véase cómo ahora este retrato en poder de los descendientes del señor Thomas, sale a la luz en ARGENTINA AUSTRAL.

Para evocar aquellos tiempos, me inicio extrayendo los comentarios escritos en el "Drafor", en idioma galés.

"El 23 de enero, a las 4 de la tarde, el general Roca desembarcó del acorazado "Belgrano", que venía al mando del ministro de Marina, Comodoro Rivadavia.

"Con el ilustre general viajan su edecán, el coronel Gramajo, S. E. el ministro de Relaciones Exteriores, doctor Almacio Alcorta, el coronel Manuel García, Mariano Vedia, el gobernador del territorio, Carlos O. Donnell, el mayor Reybaud, los capitanes Galíndez e Iglesias, el doctor Eleazar Garzón y otros cuyos nombres no recordamos.

"La Prensa", "La Nación" (ésta representada por el gran Payró), "Patria degli Italiani", "Argentinische Tageblatt", "Deutsche la Plata Zeitung", enviaron sus respectivos representantes, dejando, tan interesante comitiva, recuerdos imborrables en el puñado de habitantes Chubutenses.

"Una espléndida banda de música de la Marina de Guerra, compuesta de 50 ejecutantes, formó también parte de la corporación, animando al valle con sus aires marciales que, por primera vez, se oían en el desierto.

"En Trelew fué recibido con estruendos de bombas y los "vivas" de la muchedumbre.

"Inmediatamente que S. E. descendió del tren, el gobernador del Territorio O. Donnell, presentó a los señores J. M. Thomas y Y. S. Berry, los cuales en nombre de la comisión de agasajos le dieron la bienvenida.

"En el hotel del Globo, del señor Luigi Stagno, se sirvió un lunch tomando asiento, al lado del presidente, la comisión organizadora de los festejos señores J. M. Thomas, Y. S. Berry, E. M. Morgan, R. A. Dawis, P. Daleoso, J. H. Jones y el ingeniero Eduardo Owen.

"Inmediatamente después, S. E. quiso conocer el pueblo para lo cual pidió que fuera acompañado por los señores Thomas y Berry, quedando gratamente impresionado por el adelanto edilicio de Trelew, no ocultando su franca admiración por la cultura de los colonos, manifestando que jamás hubiera pensado de tratar con campesinos elegantemente vestidos de jacket y redingot.

"Alrededor de mediodía emprendió viaje hacia Gaymán. En el coche reservado para S. E. tomaron asiento el gobernador del territorio y el señor J. M. Thomas.

"En el trayecto el señor Presidente, tuvo la ocasión de examinar la boca toma del canal matriz para el riego de la colonia. S. E. manifestó que nunca hubiera esperado ver una obra de esta índole, construída tan admirablemente, si se tiene en cuenta las condiciones que fué hecha, por la ausencia de los principales elementos necesarios como ser: dinero, maquinarias, etc., y felicitó efusivamente los ejecutores de este titánico trabajo.

"Llegados a Gaymán, la comitiva fué recibida por una multitud nunca vista antes, ávidos de demostrar sus simpatías hacia tan ilustre visitante.

"Al pisar tierra los colonos dieron vítores y vivas al Presidente de la Nación y al Gobierno.

"Acto seguido fueron presentadas las personas más caracterizadas del vecindario y, momentos después, S. E. encaminó sus pasos hacia un grupo de niños, y les habló en una forma tan sencilla que a los pocos minutos había ganado toda la confianza de los pequeños, pudiéndose notar en la fisonomía de S. E. que se hallaba contentísimo entre estos futuros ciudadanos patagónicos.

"Luego los niños bajo la dirección del profesor Pino y J. H. Rowlando, entonaron el Himno Nacional.

"Acabada la ceremonia, la comitiva pasó a la casa del señor Navarro, donde se había preparado un refresco de honor.

"S. E. quiso visitar el puente colgante sobre el río; como éste ofrecía poca seguridad y menos aun para el que no estaba acostumbrado, el señor W. T. Griffiths, tomó del brazo a S. E. y lo condujo con paso seguro hasta la orilla opuesta donde se hallaba el edificio de la escuela. S. E. al ver que este inseguro paso fué construido para tal fin, se suscribió inmediatamente con la suma de 500 pesos para costear una pasarela más segura.

"Volviendo a Gaymán S. E. admiró el monumento erigido por un grupo de italianos en memoria de Cristóbal Colón; se descubrió al pie del mismo manifestando que creía firmemente que era la única obra de esa índole en memoria del gran Colón erigida en toda Sud América hasta entonces.

"El Juez de Paz del distrito señor Hughes Griffiths leyó un discurso en el cual hacía resaltar el júbilo de los pobladores por la llegada del señor Presidente al que deseaban feliz permanencia.

"S. E. contestó en sentidas frases manifestando que pronto esperaba poder saludar desde Buenos Aires a los habitantes de la Patagonia por medio del telégrafo y no tuvo reparo en decir que no prestaba mayor importancia con respecto al idioma (tan discutido por algunos patrioterios), pues bien, tuvo ocasión de comprender con agrado, que los colonos hacían patria con sus trabajos y penurias soportadas en bien del progreso de la Patagonia.

"La comitiva siguió luego a Grofa Dulog, casa del ingeniero Eduardo Owen, donde se habían reunido todos los colonos de ese distrito. Después de oír el Himno Nacional, cantado por un coro mixto bajo la dirección del maestro Carrog Jones, la comitiva asistió a un lunch ofrecido por los dueños de la casa, pudiéndose notar que el ingeniero Owen y esposa no escatimaron esfuerzos para hacerle lo más grata posible la permanencia en su hogar.

"S. E. después de departir amigablemente con varios colonos y principalmente con los niños, la comitiva emprendió viaje a Rawson.

"Al siguiente día, muy temprano, S. E. salió a pasear por el pueblo a pie llegando hasta la quinta del señor Mayo, regresando hasta la Gobernación, en el coche de este poblador. Más tarde hizo una visita a la casa del señor J. M. Thomas, y terminó el resto del día recorriendo otras chacras.

"Dispuesto el regreso, el pueblo de Trelew se preparó nuevamente para demostrar, una vez más, su simpatía hacia el general.

"En el puente, a la entrada del pueblo, se había levantado un arco triunfal y sobre éste una faja con la siguiente inscripción: "Feliz viaje. Dios guarde a S. E."

"Llegó la comitiva a la estación del ferrocarril seguida por los niños que llevaban banderitas con los colores patrios.

ROCA MANDA DESVIAR EL RUMBO PARA RECONOCER LAS COSTAS DEL GOLFO SAN JORGE

De Madryn la escuadra zarpó en demanda de Puerto Santa Cruz.

Cruzando el golfo de San Jorge S. E. quiso reconocer su costa central; y véase cómo el doctor Eleazar Garzón, siendo director de Tierras y Colonias, en una memoria que una década después presentó al ministro del Interior, recuerda lo que vieron sus ojos donde hoy se halla plantada la "perla del sud".

"En enero de 1899 pasé navegando por ese punto, a bordo del acorazado "Belgrano", en compañía del teniente general Julio A. Roca, entonces presidente de la República. En esa época sólo divisamos un pequeño galpón de chapas construido por Francisco Pietrobelli, primer habitante de ese paraje."

Viene bien al caso seguir con otro párrafo de esa misma Memoria del doctor Garzón (1) que recuerdo su otra visita a C. Rivadavia, realizada pocos meses antes de descubrirse el petróleo.

"Ahora por los datos que recogí en mi jira por el litoral sud, existen en Comodoro Rivadavia 750 habitantes aproximadamente. (Hoy hay 20 mil). Para dar mayor impulso a ese punto, la cuestión más grave a resolverse es la provisión de agua para cuyo fin está en actividad una máquina de gran potencia..."

Precisamente, al finalizar ese mismo año, 1907, toda la población debía festejar con gran entusiasmo

(1) El doctor Eleazar Garzón fué el único Director de Tierras y Colonias que ha recorrido la Patagonia, y antes de hacerse cargo de su puesto, la visitó por segunda vez con la finalidad de conocer a los patagónicos. En su jira se puso en contacto con la mayoría de los estancieros de entonces, atendiendo sus petitorios inmediatamente de recibirse de tan importante cargo.



Foto obsequiada por el general Roca y dedicada de su puño y letra al señor J. H. Thomas, obtenida por don E. Dougnac

el descubrimiento de un importante yacimiento petrolífero que surgió en ese segundo y último intento para darle agua a Comodoro Rivadavia.

¡Qué intuición más extraña! Roca ordenó que el "Belgrano" desviara su rumbo precisamente para conocer la todavía desierta playa central del golfo que, años después, se convirtiera en uno de los parajes más ricos de este país; y cuando, al inaugurarse el telégrafo en Trelew, Roca al contestar los telegramas de agradecimiento de los pobladores del Chubut, entre ellos dirigió uno a Pietrobelli en estos términos:

"La segunda etapa de la línea telegráfica alcanzará muy pronto hasta rada Tylli, donde he dispuesto que hagan escala los transportes nacionales."

En junio de 1901 se habilitaba la oficina del telégrafo en la Patagonia Central y ya cuando ese punto se llamaba "Comodoro Rivadavia".

TERRITORIO DE SANTA CRUZ

Para evocar la visita del general Roca me sirvo del relato que remitiera Payró a "La Nación".

ROCA, EN SANTA CRUZ

"La Nación", B. A. 23 de Febrero de 1889.

"Es la opinión de todos los viajeros que, tras de la visita presidencial, han de precipitarse aquí los colonos patagónicos.

"Enero 30. — Con tiempo excelente entramos a las 11 de la mañana al río Santa Cruz. Fondeamos muy lejos del pueblo. Se nos invita a una cacería de conejos en la isla situada a su entrada. Nos embarcamos en la lanchita del "Belgrano", que gobierna en persona el Comodoro Rivadavia. Como la corriente empuja que es un gusto, nos encontramos que el viaje resulta muy largo, por cuya causa se suspende la cacería dirigiéndonos al "Quemado". Nuestra lanchita pasó al lado de la "Sarmiento". Lindo buque. La tripulación en las vergas, de pie hasta en las crucetas, saluda con hurras al presidente, mientras que la artillería hacía la salva de los 21 cañonazos reglamentarios, cuyo humo se elevaba lento en la atmósfera tranquila. Llegados a Punta Reparo, la mala suerte quiso que varara la lancha en un cangrejal. El bote que llevábamos a remolque, y al que trasbordó al general Roca con el ministro Alcorta y el diputado Vedia, se varó un poco más lejos. Hubo que sacar a hombros a S. E. Dos o tres de nosotros, desnudos de pies y piernas, ganamos la tierra firme y nos unimos con la comitiva en casa del Juez de Paz, señor Juan Williams, que ya conocen los lectores de la "Australia Argentina", como a ese punto, que bien poco ha variado de entonces acá.

"Enero 31. — Anoche quedamos solamente en Santa Cruz, el general Roca, que se hospedó en casa de Williams, el diputado Garzón, huésped del comisario Dolz. El diputado Vedia, el coronel Gramajo, Antonio Demarchi, Roberto Duchesnois y yo, que nos asilamos en el hotel de Marcelino Tourville. El general Roca sube el carruaje de Williams a visitar la interesante estancia de W. Beches, a una legua de este pueblo. A la tarde caen los periodos del "Patria", que poco después tienen que volver — como nosotros — aceleradamente a bordo. El embarco es difícil, y muchos tenemos que descalzarnos para alcanzar las

lanchas y los botes. El general Roca ha dicho que, a su juicio, este territorio es demasiado vasto y debería dividirse en dos Gobernaciones. La idea es excelente, como podría demostrarse. Ha prometido dotar a Santa Cruz con un maestro para su escuela mixta. Eso es bueno. Destituyó al comisario Dolz, por quejas habidas de abuso de su autoridad en perjuicio de varios pobladores. Eso también fué bueno.

"1º de Febrero. — A las once de la mañana dejamos nuestro fondeadero de la boca del río Santa Cruz, y andando a razón de 20 revoluciones, o sea 4 millas por hora, nos dirigimos a la capital del territorio. Por la tarde nos sorprenden apenas varios chubascos. La puesta de sol es esplendorosa. El occidente dorado, el oriente escarlata, el mar verde y rojo. El "Belgrano" se mece apenas.

ROCA, EN RIO GALLEGOS

"Fondeamos en su estuario. Trasbordamos al "Patria". El "Belgrano" quedó afuera para evitar dificultades, sino peligros, que muy bien puede causar a barcos de tanto calado, la enorme diferencia de las mareas. El presidente tomó desprevénida a la población, sabedora de su viaje, pero no creyendo que llegara tan pronto. Sin embargo, no faltó el arco triunfal, ni la recepción de autoridades y vecinos, y al punto partieron chasques en todas direcciones para dar aviso a los estancieros más cercanos.

"Su excelencia, el ministro de Relaciones, el diputado Vedia y otros, se hospedaron en casa del gobernador Mackinlay, mientras el resto de la comitiva se alojaba en el hotel Argentino, en el de Sánchez, recién establecido y en varias casas particulares.

"Esa misma mañana del 3, el general Roca, fué a visitar la hermosa estancia que a pocas leguas de Gallegos posee el señor Ebberhart y que cuenta con más de 15 mil ovejas. El personal del establecimiento estaba ocupado en la esquila y puede que la lana de la cosecha, como la de varias otras estancias, vaya esta vez al mercado de Buenos Aires. Anda, en efecto, por aquí un enviado de la casa Paats Roche y Cia., con instrucciones para adquirirla.

"La comitiva almorzó allí, fué excelentemente tratada, y regresó por la tarde a Gallegos, donde a la noche se hizo una manifestación al Presidente de la República, ofrecida en pocas palabras por el señor Willagran, a quien contestó el general Roca diciendo que recordaría siempre con placer las gratas impresiones que había recibido en la Patagonia, ayer no más desierta, y que los pueblos del sud tendrían en él un abogado que velaría siempre por sus intereses y su progreso.

"La nota cómica de la noche fué al retirarse la manifestación, después de los vivas al Presidente, sus ministros, los diputados, etc., un estentoreo "que pase buenas noches el gobierno", que provocó la consiguiente hilaridad.

"El día 4, Gallegos iba a echar el resto, como vulgarmente se dice, con una gran comida en el hotel "Argentino". Desde por la mañana, todo fué idas y venidas, preparativos apresurados, consultas, discusiones, pero afortunadamente todo con el mayor éxito, pues se comió bien, con buenos vinos — lo que es más raro "buenos discursos en el extremo Austral de América"... la asersión parecerá algo fuerte pero es verdadera. Aquí hay la elocuencia práctica que crea el conocimiento exacto de las necesidades; y esa es lo mejor aunque peque de poco literaria.

"Ofreció la comida al Presidente que ocupaba el centro de la mesa en forma de herradura, el señor Magán, joven pionner argentino, desde hace más de un año establecido en Río Gallegos. Leyó un discurso extenso y bien meditado, en que hacía a grandes rasgos, la historia y descripción del territorio, pedía para él la protección mayor dentro de lo discreto, del gobierno nacional y deshojaba en la vaguedad del futuro el engrandecimiento de la Patagonia.

Argentina Austral

"El general Roca constató con palabra reposada ampliando los conceptos ya vertidos en otras ocasiones semejantes, siempre con la promesa, que realizará, sin duda, de tender la mano hacia los habitantes del sud, **valerosos precursores de los pobladores de mañana**, y haciendo observar cómo ha crecido y se ha desarrollado esta zona inmensa, casi sin más iniciativas ni más esfuerzo por los pocos que existían en ella misma. El señor Magán había sido aplaudido calurosamente, pues habló con elocuencia y verdad; el general Roca lo fué también, pues su palabra parecía abrir ante aquellos ciudadanos segregados del país, los horizontes de una nueva era.

"Más tarde un poco de tertulia en casa del gobernador y luego... a dormir.

"Hasta ese día el tiempo había estado magnífico, un poco caluroso, haciéndome desconocer la región que el año anterior me había azotado con sus vendavales. Pero el 5 de febrero, comenzó a levantarse de mañana un viento local bastante fuerte, que siguió avanzando hasta la tarde.

"Poco después de almorzar llegó el "Patria", que había salido en la madrugada del 3 a practicar sondajes en la boca del río (el capitán del "Patria" era el gran marino Noguera, muy comentado o recordado en la obra de Bove, pues siendo guardia marina, el año 80, fué designado para que acompañara a Bove en su segundo reconocimiento en los canales fueguinos. Noguera en Puerto Santa Cruz, entró con marea baja y a toda máquina, ante el asombro de todos los marinos que observaron esa maniobra tan arriesgada).

"Se pasó la voz que se iba a embarcar en seguida, Champagne, apretones de mano, despedidas efusivas, votos de prosperidad... el vecindario en masa nos acompañó hasta el muelle, a pesar del viento que nos hacía volar los sombreros y nos obligaba a andar con más prisa que la necesaria... y desde allí, en medio de los saludos, nos fuimos en bote al barco que nos esperaba... y que salió recién el día siguiente, por causa del vendaval reinante.

"Monseñor Jo sé Fagnano, el jefe de salesianos se embarcó con nosotros, y sigue viaje hasta Punta Arenas."

IMPRESIONES Y COMENTARIOS EN BUENOS AIRES SOBRE LA JIRA DEL PRESIDENTE

Jamás en esta capital se habrá leído en sus rotati-

vos tantos artículos de la Patagonia como los publicados al finalizar el siglo a raíz de la visita presidencial.

Bien se puede decir, que a diario, en los archivos se pueden leer columnas y columnas dedicadas a la costa sur.

Por consiguiente considero muy interesante reproducir algunos párrafos sacados de "La Nación", en su número de fecha 22 de febrero de 1899, para que el lector se dé cuenta de las impresiones traídas por el general Roca, que motivaran tan innumerables iniciativas.

Bien se puede decir que fué desde entonces que ya no fuimos huérfanos de la atención oficial:

De "La Nación", 22 de febrero de 1899.

"Se han difundido ayer las impresiones gratas que de la excursión traen el Presidente y su comitiva versando el comentario sobre los destinos grandiosos de las regiones visitadas, lo que se dice sugerirán más de una iniciativa al gobierno.

"El general Roca fué visitado ayer durante toda la tarde y en la noche por gran número de personas que iban a saludarlo y a conocer las impresiones del viaje. El Presidente no oculta su satisfacción por la excursión realizada, pues por ella ha podido darse cuenta exacta de las necesidades que requieren los habitantes de aquellas apartadas regiones. Dice que las tierras recorridas son muy ricas y que el expedienteo y la falta de disposiciones administrativas son las únicas causas que dificultan el desarrollo y progreso de esos territorios.

"Mientras proyecta su plan el general Roca ha dejado órdenes terminantes a los gobernadores para que den todo género de facilidades a los pobladores interesados en explotar esas tierras."

Por último, reproducimos una copia fotográfica de una carta inédita,

Presidente
de la
República Argentina

Buenos Aires Mayo 1. 902

Señor don Eduardo Owen.

He leído con vivo interés la presentación que Ud. me ha entregado hoy la que ha venido a complementar los informes verbales que Ud. me ha dado sobre la colonia galesa del Chubut, respecto a las causas del malestar que allí se siente. que trataré de remediar en cuanto mas dependan del Gobierno General.

Las malas cosechas que han tenido no han sido por culpa del poder público ni estaba en sus manos remediarlas.

Carta inédita escrita de puño y letra por el general Roca a don Eduardo Owen. Obtenida por el señor don Francisco Dougnac

Argentina Austral

bien interesante, escrita de puño y letra por el general, en contestación a un pedido de su amigo el explorador patagónico ingeniero don Eduardo Owen, caballero cuya historia algún día ha de publicarse en ARGENTINA AUSTRAL.

Véase cómo Roca, sabedor que el valle del Chubut ya resultaba estrecho para la numerosa generación galesa, nacida en la Patagonia, se preocupó en hacerle conceder las tierras de la isla Choel-Choel donde se trasladaran algunas familias para darle vida, convirtiéndose después en un centro rico y próspero de agricultura.

Amables lectores:

Doy término con la esperanza que mis viejos amigos patagónicos han de leer con curiosidad este "un poco largo tema", que con mucho placer he compilado para evocar los recuerdos de la jira del Presidente que más ha querido las "tierras del sur".

Cuando sólo Luis Piedrabuena, (1) en sus años mozos, como un duende, llevaba la bandera al tope de sus "bergantines", por los hoscos mares australes, el gran Alberdi, refiriéndose a la Patagonia, dijo así:

"Se puede asegurar que la más bella parte de la América del Sur, está desierta y abandonada a los indígenas.

"Se ha dicho que la habitaban los gigantes. Eso será lo que se realice en lo venidero, cuando los nuevos pueblos de la hoy solitaria Patagonia alcen su cabeza viril y poderosa."

(1) Roca fué quien premió los servicios del capitán Piedrabuena con el grado efectivo de Teniente Coronel de la Marina de Guerra.

Mucho me alegro de que hayan encontrado inmejorable la isla de Choel-Choel para establecer allí cien familias del Chubut, y paso su informe al Ministro respectivo para que se busquen los medios de proveer a los trabajos del canal y terraplenes que Ud. cree indispensables para convertirlo en un centro rico y próspero de agricultura.

Con la energía de los galenses, sus conocimientos agrícolas, el suelo y clima favorables, no duda que esa isla en manos de ustedes se ha de transformar como por encanto.

Y ustedes pueden contar con el apoyo decidido del Gobierno para realizar sus proyectos. Haciendo votos por su prosperidad los saluda atte.

Julio S. Roca

De modo que la juventud viril del sur, podrá saber con esta ARGENTINA AUSTRAL, cómo el general Roca quiso ir él mismo a estrechar las manos encallecidas de los Gigantes, soñados por Alberdi, que le dieran vida; a oír las penurias que habían sufrido y que seguían sufriendo; a tratar de remediarlo todo en seguida; fomentar su colonización; en fin, a marcarle a la Patagonia una era de vida nueva.

En el discurso que pronunciara en el Chubut, dijo:

"El estado actual de los territorios es debido al olvido de los gobiernos. Hoy que la paz está asegurada, tendréis ban-

co, tendréis telégrafo, tendréis un regimiento, las líneas de navegación serán aumentadas

Y todos estos proyectos de una ejecución grandiosa fueron realizados inmediatamente.

En efecto: pronto vimos llegar aquellos guapos y queridos transportes de la Armada de antaño, con millares y millares de palmas, millares y millares de rollos de alambre; viéndose avanzar desde las puertas de la Patagonia a un ejército de hombres de trabajo que abrieron huella por nuestras estepas, desde el Río Negro hasta el extremo del continente sud-americano, construyendo el "Telégrafo" para unirnos con la metrópoli.

Roca no sólo destacó un regimiento sino dos. Uno en Trelew y otro en Río Gallegos. Y en esos dos mismos pueblitos, considerados por aquel entonces fuera del mundo, mandó instalar sucursales del Banco de la Nación. Representando todo ello las primeras palpitaciones progresistas que se sintió en la Patagonia.

Y cuando la tremenda inundación arrasara el valle del Chubut, el digno mandatario decretó la ayuda en forma rápida y eficaz.

No es esto todo.

Argentina. Austral.

Hay otra cosa muy grande dispuesta por Roca a raíz de su visita, y esto quise dejarlo para el final:

Quitó las Aduanas. Lo repito: Quitó las Aduanas.

El general Roca vió que aquéllo en el desierto resultaba hasta ridículo e inmediatamente de regresar, con su fino instinto, le buscó la vuelta a la Ley, anulándola con la sencilla manera de suprimirle los empleados.

Fué desde entonces que allá se inició un desarrollo firme, impulsando los territorios tan asombrosamente.

En suma; se debe a Roca la incorporación de la Patagonia a la existencia nacional.

Porque ha sido uno de los primeros jefes de estado que tuvo la evidencia de su grandeza. Bien elocuente es la nota que cierra mi trabajo, algunos de cuyos párrafos los extracté de su Memoria que, siendo ministro de Guerra y Marina, pronunciara hace más de medio siglo (1).

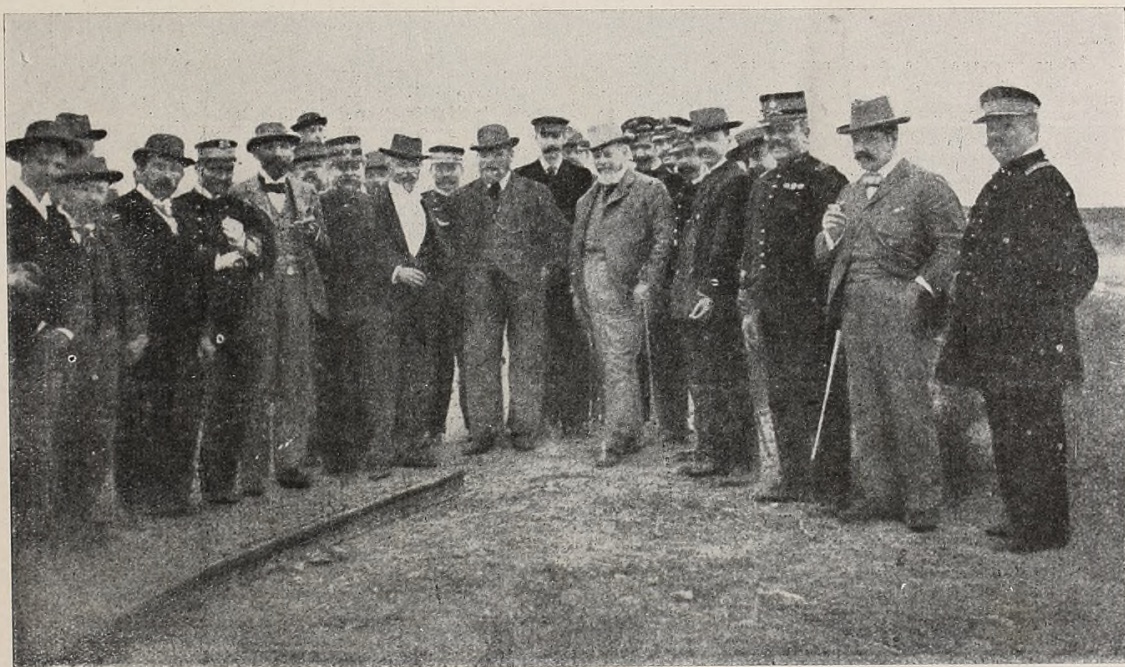
sabremos acudir en masa y adherirnos con entusiasmo cuando la figura en bronce del general Julio A. Roca, se alce en las nacionalistas poblaciones del extremo sur.

(1) Algunos párrafos extraídos de la Memoria de Marina, presentada al honorable Congreso de 1879, por el ministro de Guerra y Marina, General Julio A. Roca.

"Honorables señores Senadores y Diputados:

"Vengo por segunda vez a daros cuenta de la labor administrativa correspondiente al Departamento de Marina.

"En la Memoria que tuve el honor de presentaros el año anterior, se hacía notar ya la necesidad de consagrar a este ramo, mayor atención y recursos de los que hasta el presente han podido dedicársele, teniendo presente que la República Argentina debe ser en breve tiempo una Nación esencialmente marítima, pues sus mayores intereses se hallan vinculados en



El Presidente Roca y su comitiva rodeados de los colonos galenses en su visita al Chubut

Porque avanzando al mando del ejército hasta la isla de Choele-Choel, en una rápida campaña de 40 días dominó en definitiva a los indios alzados, enseñándoles cuál era la bandera que debían respetar y defender. Por ello el general Winter supo rendirle homenaje llamando con su nombre a una de las más bonitas poblaciones plantadas en las márgenes del Río Negro.

Y porque, bien se puede decir, que todos los decretos sancionados para darle vida y acelerar sus progresos, desde 1878 en adelante, llevan su firma como ministro o como Presidente.

Al finalizar el siglo, visitándonos por mar, completó su grandiosa obra.

Por consiguiente, nosotros, los de las tierras de las aventuras, que dimos todo y no pedimos nada, ya

el porvenir a la población de sus costas y a la habilitación de sus puertos para el comercio universal...

"Una Armada no se improvisa, sobre todo si, como sucede entre nosotros, no existe una Marina Nacional capaz de suministrar a una Escuadra el personal competente...

"Por ello debemos concentrar nuestros mayores recursos en el fomento de la marina, dotando a la Escuadra, no sólo de los buques y del personal que le faltan, sino también y especialmente de los buques mixtos que han de poner en comunicación continua los puertos de la Patagonia que derramarán en su trayecto la civilización y la vida de esas regiones...

"Asegurada la campaña del sur por la supresión del desierto, Bahía Blanca será de hoy en adelante el puerto de salida para todos los productos del Sur de Buenos Aires...

"Patagones, por su parte será también en breve un puerto concurrido a donde afluirá la navegación atraída por la población que la nueva frontera llevará a las costas del Río Negro...

"En cuanto a los puertos del extremo sur, el Chubut, Santa

Argentina Austral

Cruz, prestarán importante servicios al comercio internacional una vez que sean habilitados...

"En momentos difíciles en que se creyó que la honra nacional se hallaba en peligro, se dió la orden de formar la 1ª División de la Escuadra y partir a situarse en el Puerto de Santa Cruz...

"Fué menester improvisarlo todo...

"La prueba a que fueron sometidos nuestros marinos ha sido decisiva. La Nación sabe ya que cuenta con oficiales capaces de conducir sus buques a través de los mares procelosos y que la bandera de la patria no corre peligro en sus manos...

"Los jefes y soldados de "Los Andes", "Uruguay", "Cabo de Hornos", "República", "Constitución", "Paraná", "Torpedo", y cutter "Los Estados", que formaron esa División, han cumplido con su deber haciéndose dignos de la consideración de la Nación...

"Así terminó esa primera expedición al Sur, cambiándose felizmente su objeto bélico en trabajos destinados a la paz y progreso de las mismas naciones que tan próximas se hallaron de los desastres de la guerra...

"Ya no existe entre nosotros el temor que inspiran los mares lejanos, y un espíritu de noble emulación se ha despertado en la oficialidad y marinería que ha presenciado el acto de audacia y de valor llevado a cabo por el teniente Méndez, guardia marina Félix Paz y tres marineros que atravesaron la mar desde Buenos Aires a Santa Cruz, en el cutter "Los Estados", que como se sabe no es otra cosa que un bote con una vela latina... (1).

"Hace apenas un año no era conocido el poder marítimo de la República, pues sus buques habían permanecido encerrados dentro de los ríos...

"Hoy tenemos una Escuadra que ha probado ser capaz de sostener el dominio de sus mares, desde el Plata hasta el Cabo de Hornos...

"Debo limitarme por ahora a presentaros la Memoria de Marina, reservando la que corresponde al Ejército de tierra, para seros sometida a mi vuelta del Río Negro, cuando establecida la nueva línea de las fronteras pueda llevar a conocimiento de V. H. los hechos realizados en esta campaña que abre el Ejército contra el desierto y la barbarie, para dilatar

los horizontes de la Nación y poner al amparo de nuestras leyes aquellos vastos territorios Australes que desde la época de la conquista estuvieron bajo el dominio del salvaje y que hoy entran al fin a formar parte de la riqueza nacional.

Julio A. Roca."

"Abril 14 de 1879."

(1) Cábele a Santa Cruz un hecho histórico bien interesante para la marina de guerra. Los primeros oficiales que completaron sus estudios en la escuela naval, siendo director don Martín Guerrico, estaban embarcados en la "Uruguay" cuando ésta fuera destinada a Santa Cruz. Martín Guerrico se dirigió entonces al jefe de esa estación naval para que los alumnos de su escuela dieran sus exámenes en dicho puerto nombrando la Comisión que la debería presidir. Esta fué compuesta por el coronel don Martín Py, sargento mayor Howard y Blanco y doctores Luis Fuentes y Araoz, para maestro de maniobras fué nombrado el contramaestre Manuel Gallegos, marino español, tan conocido en Santa Cruz, donde navegara por el río hasta hace pocos años.

Allí en "Misioneros", sitio de tanta tradición, cuyo valle ha vuelto a la soledad del desierto, dieron término a su carrera los primeros oficiales egresados de la Escuela Naval: Juan Picasso, Agustín del Castillo, Emilio Barilari y Alberto Cánepa.

En 1873, cuando la marina de este país era nada más que una simple escuadrilla de transportes se componía de los siguientes buques: Almirante Brown, 570 ton.; Pampa, 409 ton.; Rosetti, 409 ton.; Espora, 450 ton.; Pavón, 230 ton.; Gualeguay, 80 ton.; Choel-Choel, 65 ton.; Río Negro, 40 ton.; Limay, 12 ton. En total se suman unas dos mil toneladas. Hoy, sólo el Moreno tiene 30 mil toneladas, y el presupuesto anual de la Marina de Guerra de entonces era de 134 mil pesos fuertes; hoy sube a 40 millones de pesos moneda nacional.

Y cuando Roca pronunció esta Memoria (1879) los buques que poseía la Nación eran los siguientes: Acorazados. El Plata y Los Andes; Cañoneras, Paraná, Uruguay, República, Constitución, Pilcomayo y Bermejo (estos dos últimos en desarme). Vapores, Triunfo, General Brown (estacionario), Coronel Paz (hospital), Santa Fe, Pavón, Rosetti (estos 3 últimos en desarme). Vapores avisos, Resguardo, Vigilante, Luisita, Choel-Choel, Pizarro y Avellaneda. Buques de vela, Cabo de Hornos, bergantín goleta Rosales, cutter Los Estados.

Este cutter último viene a ser el "bote con vela Latina" que menciona Roca en su memoria, y quién sabe si el marino más arriesgado de nuestros tiempos se embarcaba hoy, para navegar hasta Santa Cruz, en el mejor de los buquecitos que disponía la Marina de Guerra de este país en sus comienzos.

De modo que, Santa Cruz es un pueblito que la Armada no puede olvidar, porque fué ese punto el principal campo de acción de Piedrabuena; y porque en su estuario la débil escuadra de Comodoro Py, afirmó el derecho argentino a la soberanía de los mares y tierras australes. Véase hoy cómo el almirante Mario Cornero, por intermedio del "Boletín Naval", propone perpetuar el recuerdo erigiendo en el histórico cañadón de "Los Misioneros", el monumento que se ve en esta nota.

